

# **EL PERIODISTA**

**La historia de mi vida**



**Angel Enrique Perozo Uzcátegui**

---

**EL PERIODISTA**  
*LA HISTORIA DE MI VIDA*

**EL PERIODISTA**  
*LA HISTORIA DE MI VIDA*

**EL PERIODISTA La historia de mi vida.** Dirección de Investigación y Producción Intelectual  
DIPI. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad de Carabobo. 1ra Ed. Valencia,  
Venezuela. 2026.

87 p.

1. Historia de Vida – Periodismo – Ética periodística.

**Autor:** Angel Enrique Perozo Uzcátegui  
Primera Edición, 2026

© Universidad de Carabobo  
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales  
Dirección de Investigación y Producción Intelectual DIPI  
Av. Salvador Allende, Edif. FACES 1, piso 1  
Ciudad Universitaria Bárbula, Carabobo, Venezuela  
Correo electrónico: [dipi.faces@uc.edu.ve](mailto:dipi.faces@uc.edu.ve)  
Página web: <http://faces.uc.edu.ve>

**Diseño de portada:** Angel Andrés Perozo Prieto y Natalia Perozo Prieto

**Diagramación y Montaje:** Neyda Ibañez; Ina Garcés

DIPI-Bárbula @ Fondo Editorial FaCES Universidad de Carabobo

**Depósito Legal:** CA2026000047

**ISBN Electrónico:** 978-980-233-903-7

Hecho en Venezuela - Made in Venezuela

© Universidad de Carabobo

Todos los capítulos incluidos en este libro fueron rigurosamente seleccionados y aprobados tras arbitraje doble ciego y juicio de pares. Los evaluadores internos y externos fueron especialistas en el área; pertenecen a universidades e instituciones venezolanas.

Este libro está protegido bajo la licencia Creative Commons **Atribución-No Comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)** que permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, así como hacer obras derivadas, siempre que se reconozca la autoría de la obra original de la manera especificada por el autor o licenciante, no se utilice con fines comerciales y las obras derivadas se distribuyan bajo la misma licencia que la obra original.







**UNIVERSIDAD DE CARABOBO  
AUTORIDADES**

**Prof. Jessy Divo de Romero**  
Rectora

**Prof. Ulises Rojas**  
Vicerrector Académico

**Prof. José Ángel Ferreira**  
Vicerrector Administrativo

**Prof. Pablo Aure**  
Secretario



**Facultad de Ciencias Económicas y Sociales**

**Dr. Benito Hamidian**  
Decano

**Dra. Neyda Ibañez de Castillo**  
Directora de Investigación y Producción  
Intelectual-Campus Bárbula

**Dra. Paola Lamenta**  
Directora Escuela de Administración  
Comercial y Contaduría Pública- Campus Bárbula

**Prof. Raul Nuñez**  
Director de la Escuela de Relaciones  
Industriales-Campus Bárbula

**Prof. Exau Navarro**  
Director de la Escuela de Economía  
Campus Bárbula

**Prof. Henry Villegas**  
Director de Ciclo Básico  
Campus Bárbula

**Prof. Norolga García**  
Directora de extensión-Bárbula

**Prof. Claudia Velázquez**  
Directora de Postgrado-Bárbula

**Dr. Williams Aranguren**  
Director de Infaces-Bárbula

**Prof. Maricarmen Ravelo**  
Directora de docencia y desarrollo  
curricular- Campus Bárbula

# DEDICATORIA

A mis hijos, Angel Andrés y Andrés Eduardo

A Natalia Perozo Prieto

A Dolly Díaz Cantillo

A Enyeli Ochoa

A mi familia

Al Dr. Benito Hamidian y a toda la comunidad de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Carabobo.

A la Dra. Neyda Ibañez y a su equipo de trabajo en la Dirección de Investigación y Producción Intelectual de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Carabobo. (DIPI)

A los periodistas y estudiantes de esta hermosa profesión.

**EL PERIODISTA**  
*LA HISTORIA DE MI VIDA*

# CONTENIDO

<b>Prólogo</b>	xi
<b>Introducción</b>	13
<b>Capítulo I</b>	15
Ese día, al abrir mis ojos por primera vez al mundo, comenzó la historia de mi vida	15
De su amor nació mi vida, y en su ejemplo se forjó la voz que hoy me acompaña	16
En la memoria hecha eternidad y en la ternura convertida en destino, se forjó mi esencia	19
La infancia fue el amanecer de mi voz y en la inocencia que se mezclaba con la curiosidad, nació mi primera redacción	19
Mi adolescencia, búsqueda convertida en destino	20
Es el inicio de una travesía que trasciende el tiempo, donde la búsqueda de sentido se transforma en legado	20
<b>Capítulo II</b>	21
La decisión que cambió mi vida, de la incertidumbre a la vocación	21
Entre aulas y sueños, los años universitarios marcaron el despertar del periodista	23
El Trabajo Especial de Grado fue el punto de partida, el reto que despertó mi vocación investigadora	24
El golpe bajo, “La hermana Débora está aquí	26
La noche que enfrentó nuestro miedo se convirtió en un espejo de reflexiones a orillas del río San Juan	27
Quibayo, el rostro oculto del mito de María Lionza, un tabernáculo donde la fe se vive en silencio	28
Entre la vocación que inspira y el sacrificio que exige, nace la esencia del compromiso	30
<b>Capítulo III</b>	33
Notionce, la voz que inspiró y la imagen que iluminó las pantallas de Niños Cantores Televisión	33
Mi entrada formal a una gran escuela	34
Continuando con mí relato	37
<b>Capítulo IV</b>	43
Del canto zuliano al eco nacional, el salto decisivo hacia Radio Caracas Televisión	43
La propuesta que abrió el camino hacia un nuevo horizonte	43
Vecinos en Acción”, regresar a la esencia, esta vez con una audiencia que abraza a la Nación venezolana	47
Coberturas informativas que trascienden el instante y permanecen imborrables en el tiempo	47

Entre el dolor de la tragedia y el aliento de la esperanza, el reportero construye el puente de la esperanza	47
Los Niños Zamuros de desperdicios, la infancia forjada en el infierno del basurero	49
Sombras de dolor, los abusos infantiles y la violencia que nunca debe callarse	50
Los Vikingos de la Noche, almas errantes en el infierno de los durmientes bajo el puente	50
El oficio que se transforma en destino, huella imborrable de una pasión eterna	51
<b>Capítulo V</b>	53
El periodista que emergió del pulso vivo de la industria petroquímica	53
Un periodista frente al pulso implacable del territorio industrial	53
Adaptarse al mundo de los fertilizantes, donde la tierra y la industria se encuentran	54
El nacimiento de mi inquietud preventiva, chispa que encendió la llama de la previsión	55
Las Comunicaciones Estratégicas en Situaciones de Emergencia Industrial	56
En Alerta	56
El Comunicador Socorrista: Sentido Común y Actitud Resiliente	56
Manuel Barreto, sociólogo y compañero de viaje, brújula intelectual en la travesía compartida	56
<b>Capítulo VI</b>	59
El desandar del camino, la ruta de retorno donde pasado y presente se encuentran	59
La lucha incansable por la palabra que no conoce cadenas	62
Más tormentas que irrumpieron en el frágil territorio de mi vida personal	66
<b>Capítulo VII</b>	67
Volver a mi ciudad natal y reemprender la búsqueda de un horizonte distinto	67
<b>Capítulo VIII</b>	73
De las cenizas de la adversidad, el vuelo hacia otro nuevo renacer	73
El intervalo omnipotente frente al espejo	77
La llamada que cambió todo	78
Consolidación, compromiso y pasión, la tríada que enciende el fuego del destino	79
<b>Epílogo</b>	83

# PRÓLOGO

## EL PERIODISTA: LA HISTORIA DE MI VIDA

### La Palabra como Testigo, Ética y Destino

Escribir sobre la vida de un periodista es, en última instancia, intentar capturar el pulso de una sociedad a través de la sensibilidad de un testigo excepcional. En "**El Periodista: La Historia de Mi Vida**", el Licenciado Angel Perozo no solo nos entrega un ejercicio de memoria autobiográfica; nos ofrece una cátedra abierta sobre la evolución de la comunicación social en Venezuela, escrita con la precisión del académico y la pasión del reportero que ha gastado la suela de sus zapatos en el asfalto de la realidad.

Angel Perozo no es un nombre fortuito en el ecosistema comunicacional del país. Nacido bajo el sol de Maracaibo y formado en las aulas de la ilustre **Universidad del Zulia (LUZ)**, personifica esa simbiosis necesaria entre la formación teórica y la praxis. Su trayectoria es un mapa de coherencia profesional que ha transitado con igual maestría por los grandes estudios de televisión como por las aulas de postgrado de las universidades más prestigiosas del país: **UC, LUZ, UAM, URBE y UBA**.

### Un Recorrido por la Verdad: Praxis y Rigor

La carrera de Angel es una geografía mediática de Venezuela en sí misma. Su pluma y su voz han recorrido el espectro completo de la realidad nacional, dejando una huella imborrable en espacios icónicos:

- **En la noticia pura:** Desde el rigor de *El Observador* en **Radio Caracas Televisión (RCTV)** hasta el compromiso regional en **NcTV Niños Cantores del Zulia**.
- **En la cercanía social:** A través de programas como *Vecinos en Acción* por **Ecovisión**, donde la comunicación se convirtió en un instrumento de transformación y la fuente comunal encontró un aliado incondicional.
- **En la versatilidad:** Navegando con agudeza analítica entre las fuentes políticas, gubernamentales y deportivas, demostrando que un periodista integral no conoce de fronteras temáticas.

Sin embargo, su legado trasciende la pantalla. Como **escritor de siete libros**, ha logrado sistematizar el saber del reporterismo televisivo y de la comunicación corporativa, transformando la experiencia empírica en doctrina. Esta capacidad de reflexión sobre su propio oficio es lo que distingue al informador del verdadero intelectual de la comunicación.

### La Excelencia como Norma Institucional

El reconocimiento a su labor no ha sido fortuito. Una vitrina que custodia **38 premios municipales** y **4 regionales** —abarcando Zulia, Miranda, Carabobo y el Distrito Capital— habla de un estándar ético inquebrantable. No obstante, son sus dos **Premios Nacionales de Periodismo** (el prestigioso **Monseñor Pellín** y el **Premio de las Fuerzas Armadas de Venezuela**) los que

terminan de esculpir su nombre en el parnaso de la comunicación venezolana. Su rol como asesor de imagen y colaborador internacional refuerza una premisa clara: la comunicación estratégica es una ciencia que requiere tanto talento como disciplina.

### **Dedicatoria Especial: Baluarte de FACES-UC**

Mención aparte merece su invaluable labor dentro de la **Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Carabobo (FACES-UC)**. En este recinto del saber, el Licenciado Perozo ha volcado su vasta experiencia para fortalecer la identidad institucional y formar ciudadanos críticos.

Su presencia en **FACES-UC** no es solo la de un docente o un estratega, sino la de un mentor que entiende que la economía y la sociedad solo pueden ser comprendidas a través de una comunicación transparente y humana. Su paso por nuestra facultad ha dejado una huella de profesionalismo que eleva el prestigio de nuestra *Alma Mater*, recordándonos que la academia se nutre de la realidad y la realidad se transforma desde la academia.

### **Invitación al Lector**

Este libro es más que una biografía; es una lección magistral. Invitamos al lector a adentrarse en estas páginas no solo para conocer la historia de un hombre, sino para redescubrir el valor de la verdad en un mundo saturado de ruidos.

**Lic. Angel Perozo**, gracias por abrirnos la bitácora de su vida y por recordarnos, desde las aulas y las noticias, que el periodismo no es solo una profesión, sino una noble y necesaria forma de existencia.

---

*Como Decano de esta Facultad, pero sobre todo como testigo de su incansable labor académica, es un honor reconocer en estas líneas no solo al periodista de trayectoria nacional, sino también al hombre que ha transformado la experiencia en cátedra. Angel, gracias por entregar a FACES-UC y al país este testimonio de vida; tu pluma hoy no solo escribe historia, sino que siembra el legado de integridad que nuestras futuras generaciones tanto necesitan."*

**Dr. Benito Hamidian**  
**Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES)**  
**Universidad de Carabobo.**

# INTRODUCCIÓN

*En el momento en que decidí ser periodista, no sabía que la verdad sería mi mayor reto, pero también mi mayor libertad para apoyar y hacer el bien."*

*Angel Perozo*

Una historia tejida de palabras, de momentos, de voces que se entrelazan en una narrativa que no solo relata el mundo que me rodea, sino que también me define como ser humano, porque ser periodista no es solo un oficio; es una manera de ser, de ver, de sentir; es una pasión que consume y transforma, y me honra poder contarla.

Este libro, "El Periodista: La Historia de Mi Vida", no es solo un recorrido por los hitos y las experiencias que han marcado mi carrera, es, sobre todo, un tributo a esta noble profesión que me eligió, que me permitió encontrar mi propósito, mi razón para estar aquí, escribiendo estas líneas y hablo de un oficio que es mucho más que un trabajo, el periodismo es una manera de vivir. Es estar presente en los momentos más cruciales de la humanidad, ser testigos de lo que importa, de lo que debe contarse, es, en definitiva, una lucha constante por hacer que la verdad sea escuchada e iluminar las sombras con la luz de las palabras.

A lo largo de mi vida, he tenido el privilegio de ser testigo de muchas historias, he caminado entre las sombras de la noticia y la luz de la verdad, he conocido la angustia de aquellos que esperan ser escuchados y la satisfacción de darles una voz, incluso, he llorado en el silencio de las tragedias y he reído con las historias que celebran lo mejor del ser humano y siempre he encontrado, en cada uno de esos momentos, una razón para seguir adelante, para seguir escribiendo, para seguir luchando por contar la historia con honestidad, con valentía, con amor.

Cuando hablo de Venezuela, mi país, hablo con el corazón lleno de emoción y de orgullo, he tenido la fortuna de ejercer mi oficio en esta tierra, que ha sido escenario de momentos inolvidables, y también de enormes desafíos en un país que necesita del periodismo más que nunca y en ese sentido, tengo un mensaje especial para los jóvenes periodistas que, como yo en mis primeros días, sueñan con cambiar el mundo con sus palabras.

No se dejen vencer por la adversidad, ya que, a pesar de las dificultades, a pesar de los obstáculos, el periodismo tiene un poder inmenso, por lo que no subestimen nunca su capacidad para hacer la diferencia, ustedes son los guardianes de la verdad, los mensajeros de la justicia, los testigos de una historia que se sigue escribiendo cada día.

Con los años he aprendido que ser periodista es cuestionar con asertividad lo que no se dice, investigar lo que se oculta; pero también es ser humilde, es entender que no somos los dueños de la verdad, sino simplemente los portadores de ella.

Ser periodista es, al final, un acto de servicio a la sociedad, un compromiso con aquellos que esperan que contemos lo que realmente importa, lo que a veces se silencia y no hay mayor satisfacción que, al final del día, sentir que uno ha cumplido con esa misión, que ha sido fiel a la ética, al deber y, sobre todo, al corazón humano.

Es un honor, para mí, poder compartir mi historia con ustedes porque esta historia no es solo mía, es la historia de todos aquellos que han sido parte de mi vida profesional; mis colegas, mis amigos, mis maestros, y, por supuesto, los lectores que han acompañado mis palabras a lo largo de los años, han sido una chispa que ha avivado mi pasión por este oficio, por este viaje sin fin que es el periodismo.

Mi esperanza es que, al leer estas páginas, los jóvenes periodistas encuentren la motivación para seguir adelante, para nunca rendirse y que los profesionales experimentados, como yo, puedan recordar lo que nos hizo enamorarnos de esta profesión en primer lugar, el poder de las palabras, de la imagen en pantalla, el poder de contar historias porque, como he aprendido a lo largo de los años, el periodismo no es solo un reflejo de la realidad, sino un actor fundamental en la creación de la misma.

Hoy, mientras mis dedos teclean estas líneas, pienso en la firmeza de mi convicción y pienso también en todos los noveles periodistas que siguen luchando en un país lleno de retos y dificultades.

Ustedes son los que, mañana, escribirán la historia de Venezuela y del mundo; ustedes son los que tienen el poder de transformar la realidad y, por eso, con el corazón lleno de esperanza, quiero dejarles un mensaje, una frase que resuma mi vida, mi amor por el periodismo y mi fe en el futuro:

*“El periodista no solo cuenta historias, las vive, las siente y, con cada palabra, contribuye a escribir la historia de la humanidad.”*

Este es mi legado, mi firma indeleble, y mientras viva, seguiré escribiendo, seguiré contando, seguiré luchando por esa verdad que jamás debe ser silenciada porque el periodismo es vida, y mientras haya vida, habrá historias que contar.

# CAPÍTULO I

## ESE DÍA, AL ABRIR MIS OJOS POR PRIMERA VEZ AL MUNDO, COMENZÓ LA HISTORIA DE MI VIDA

Nací un 23 de diciembre, cuando el cielo parecía inclinarse sobre la tierra para anunciar el cierre de un ciclo y el nacimiento de otro, cuando el año casi se despide y el mundo parece suspenderse entre luces, esperanza y el murmullo de los deseos que aguardan nacer con el nuevo calendario, era uno de esos días en los que el aire se carga de una especie de electricidad espiritual, como si la ciudad entera suspirara a la espera de la Navidad.

Aquel diciembre, según referencias familiares, la ciudad de Maracaibo, capital del estado Zulia, en un país bello y hermoso llamado Venezuela, vibraba con su habitual intensidad tropical. El sol comenzaba a filtrarse entre los techos con sus aljibes, las calles se agitaban entre pregones y gaitas, y la sensación térmica abrazaba incluso a quienes no habían pedido calor alguno.

Fue en aquella atmósfera viva y palpitante, a las cinco de la mañana, cuando lancé mi primer llanto en el Hospital Chiquinquirá, conocido cariñosamente como el Hospitalito, una de las instituciones más históricas y emblemáticas de la región zuliana que ha trascendido más allá de la atención médica para convertirse en símbolo de solidaridad, resistencia social y compromiso con la salud pública de Maracaibo, la ciudad capital del estado Zulia.

En ese hospital blanco y bullanguero, erguido en el sector El Saldillo, fragmento geográfico que guarda el alma histórica de la identidad zuliana, los viejos muros parecían querer presenciar mi llegada y darme la bienvenida al ritmo de un Maracaibo que siempre ha latido con fuerza propia, allí se mezcló mi primer gimoteo con el bullicio de una ciudad que nunca duerme del todo, una urbe que huele a sol ardiente, a café recién colado y a gaitas que vibran en el pecho de quienes la viven y sienten.

Ese escenario hospitalario, tan simbólico como sencillo, arrastra historias en sus pasillos: nacimientos, despedidas íntimas y esperanzas suspendidas en un aliento compartido. Fue allí donde llegué yo, en una Venezuela que aún era paisaje de ilusiones y contradicciones, de magia y destino, en plena transición de *dictadura a democracia*. En ese lugar comenzó mi tiempo sobre esta tierra, una época que todavía intento comprender, un lapso de existencia que busco narrar con la fidelidad del periodista y la sinceridad del hombre.

Maracaibo, capital del estado Zulia, fue mi cuna, una metrópoli que huele a petróleo y a lago, a sol ardiente, a gaita y a sudor honesto, una ciudad que canta incluso cuando calla, que se mueve con ritmo propio y que nunca aprendió a quedarse quieta.

Creer siendo zuliano es llevar en la piel una marca indeleble, un carácter que se imprime con fuerza y un sello que ningún viaje logra borrar, es un tatuaje emocional grabado en lo más profundo del alma y por eso no digo únicamente que nací en Maracaibo, afirmo con orgullo que soy un Maracucho rajáo, con toda la intensidad que implica pertenecer a una tierra que estremece, que duele, que ríe y que jamás se rinde.

## **De su amor nació mi vida, y en su ejemplo se forjó la voz que hoy me acompaña**

Vengo de un hogar en el que dos almas inmensas se encontraron en cierta ocasión mágica y hermosa en un sector enquistado muy cerca del “Hospital de Niños”, conocido como “Las Veritas”, para construir un destino que, sin saberlo, terminaría moldeando el mío.

Mi padre, el Dr. Angel Enrique Perozo Gil, fue un profesional cuya vocación iba más allá del deber. Graduado como Médico en la Ilustre Universidad del Zulia, se destacó en el área de la Urología, humanista innato, estudiante ejemplar que se forjó en la pobreza, ayudando a su padre, mi abuelo Fulgencio Perozo, en labores de albañilería.

Tenía el don de escuchar, la magia de comprender, la gracia de ver más allá del síntoma, lo llegaron a llamar “Manos de Seda”, porque su tacto no solo curaba cuerpos, sino también temores en quienes acudían a él para ser sanados.

Era un hombre que sabía caminar con la humildad de quien entiende que el dolor ajeno merece reverencia, su práctica médica fue una misión, casi una extensión natural de su manera de ser, en él convivían la precisión del científico y la ternura del hombre que valora la vida ajena como si fuera propia, crecí viendo en mi padre a una autoridad silenciosa, una fortaleza suave, un ejemplo que aún hoy me acompaña sin reproches.

Mi madre, Débora Yolanda Uzcátegui, fue una mujer hecha de luz, maestra de escuela, profesora de humanidad, educadora de amor, una dama que tenía esa clase de belleza que va más allá de lo físico, que se siente en la presencia, que se proyecta en la mirada y se expresa en una sonrisa que nunca reclamaba aplausos.

Débora, la “Maestra Hermosa”, como le decían propios y extraños, era gentil, solidaria, sensible, una de esas figuras que parecen haber sido enviadas al mundo para hacer mejor el paso de los demás.

Glamorosa con límpido andar, con hermosos ojos pardos, una postura que transmitía elegancia sin esfuerzo y con una sonrisa tierna y agraciada, según recuerdos familiares, tenía la virtud de iluminar incluso los días que ella misma encontraba difíciles; todos los que la conocieron la recuerdan con el mismo matiz de simpatía, como un susurro amable en medio de un mundo ruidoso.

Su muerte fue repentina, dolorosa, devastadora; partió de este mundo un 6 de enero, día de Reyes, apenas 14 días después de haberme traído a este mundo, como si su despedida también quisiera llevar consigo un simbolismo de regalo y trascendencia.

Se marchó como consecuencia de la enfermedad del tétanos, una tragedia que marcó un antes y un después en mi vida. Su ausencia abrió una herida profunda en mi padre y en toda la familia, un duro golpe que con el tiempo dejó de sangrar, pero jamás dejó de hablarme. Ella, Débora Yolanda, es mi origen, incluso desde la distancia eterna; su muerte marcaría mi vida con una huella que jamás desapareció.

Durante muchos años, esa herida fue una sombra que me acompañó en silencio, hoy sé que también fue mi impulso, los duelos tempranos nos desnudan, nos obligan a rehacernos, a aprender

a caminar sin la mano que debería guiarnos, pero mi madre se quedó... sí, se quedó, no físicamente, sino en la memoria viva de quienes la amaron, en la sonrisa que heredé sin querer, en el eco de las historias que me contaron sobre ella, en la suavidad con la que afrontó la vida, su ausencia me enseñó algo que tardé décadas en comprender, que el amor no termina con la muerte, solo cambia de forma.

A pesar de esa pérdida tan temprana, la vida no permitió que me convirtiera en un hijo del vacío, me entregó otras manos, otros brazos, otros corazones ya que tuve la fortuna inmensa, un privilegio que aún agradezco cada día, de crecer rodeado de mujeres que tomaron el lugar que mi madre Débora dejó sin que nadie se lo pidiera, sin un reclamo, sin un ¿por qué yo?

La primera de ellas fue mi abuela Emilia Gil, una matriarca con raíces españolas, de carácter firme y sabiduría inagotable; era de esas ancianas que aman sin pausa, corrigen sin miedo y protegen como si el mundo entero fuera una tormenta permanente.

“Milla”, como cariñosamente le decían, fue tierra fértil para mi infancia.

Luego estuvo mi madrina Ángela, un ángel con nombre y oficio, siempre presente, pendiente de mí, asegurándose de que, aun en la ausencia materna, yo nunca me sintiera solo, al punto de amamantarme en simultáneo con su hijo recién nacido, Ernesto, se podría decir, mi hermano de lactancia.

A mi lado caminaba también mi tía Rita, “Mamaíta”, a quien recuerdo como un faro en medio de mis tempestades, como una voz que sabía cuándo ser suave y cuándo ser firme y, por último, mi amada mamá Sandra, aunque su nombre real es Alexandra Sulcas, de origen Lituano, fue la segunda esposa de mi padre y figura materna que la vida me regaló convirtiéndose en presencia indispensable, en apoyo emocional, en compañía cálida donde tantas veces encontré refugio.

Ellas no reemplazaron a mi madre Débora Yolanda, eso habría sido imposible, pero sí ocuparon el espacio del amor maternal perdido y lo llenaron con otros matices, otras formas de afecto.

Hago un paréntesis en esta parte de mi vida para referir que de la unión entre mi padre y su segunda esposa, Alexandra Sulcas, mamá Sandra, nacieron mis 3 hermanas: Elizabeth, Alexandra y Liseth.

Las tres, pertenecieron a un tiempo distinto al mío, a esa etapa en la que la familia ya había aprendido a reorganizarse entre las ausencias y las nuevas presencias, no compartimos el mismo techo ni los silencios de gran parte de la infancia, pero su existencia se convirtió en parte del mapa íntimo de mi vida, referencias constantes que, aun desde la distancia, cuando incluso vivía con mi abuela Emilia, me ayudaban a comprender de dónde veníamos y hacia dónde nos movíamos.

Con el tiempo descubrí que la familia no se teje únicamente en la cercanía de los días compartidos, sino también en el reconocimiento silencioso y en la memoria que nos enlaza más allá de la distancia.

Mis hermanas eran esa otra rama del árbol que crecía en paralelo, siguiendo sus propios ciclos, mientras yo aprendía a mirar el mundo con ojos de asombro y a narrarlo desde la curiosidad, como quien busca en cada pregunta la raíz de una historia a la que definitivamente conecté con el tiempo.

Elizabeth, la mayor, parecía portar una serenidad innata, desde temprano mostró inclinación por el cuidado y la enseñanza, una paciencia que se revelaba incluso en los gestos más simples, de hecho, no me sorprendió cuando se graduó como Licenciada en Educación Preescolar, su elección era coherente con su manera de estar en el mundo, siempre atenta a los procesos lentos, a las primeras palabras y a los comienzos frágiles.

Alexandra, en cambio, observaba con una mirada distinta, analítica, contenida, marcada por la lógica y el orden, necesitaba comprender las causas antes de aceptar los efectos y al convertirse en Economista halló un lenguaje propio para interpretar la realidad, capaz de leer el pulso de las decisiones y sus consecuencias en un mundo que rara vez ofrece certezas.

Liseth, la menor, creció con una energía firme y una voluntad de desafío constante. En ella se imponía el deseo de construir, de transformar el espacio físico en algo duradero, y su graduación como Ingeniera Civil fue la confirmación de ese impulso inicial: levantar estructuras sólidas como una forma de afirmarse frente al tiempo y al cambio.

Al observar sus trayectorias comprendí que cada una, desde su elección y su carácter, encarnaba una manera distinta de enfrentar la vida, no fueron solo nombres dentro de la genealogía familiar, sino ejemplos silenciosos de disciplina, vocación y propósito, forman parte del tejido humano que acompaña mi historia y aunque no aparecen como protagonistas visibles, su presencia discreta moldeó mi sensibilidad y mi manera de observar.

En un oficio como el periodismo, donde aprender a observar es esencial, esas presencias lejanas pero reales, terminaron siendo también una forma de aprendizaje, especialmente cuando, a mis diez años, decidí ir a vivir con mi padre y su segunda familia, que con el tiempo se convirtió, también, en la mía.

Volviendo al nexo conector con mi historia y mis cuatro madres...

Gracias a estas cuatro mujeres, hoy digo con convicción que soy un sobreviviente del destino, no un huérfano del cariño y aunque la vida me quitó una madre, sí, me regaló cuatro maneras distintas de enseñarme a amar, a caer, a levantarme, a mirar hacia adelante incluso cuando el dolor quería empujarme hacia atrás.

## **En la memoria hecha eternidad y en la ternura convertida en destino, se forjó mi esencia**

Mis raíces son amplias, profundas, generosas, mi padre era el hijo mayor de los hombres de una familia de nueve hermanos, lo que lo convirtió desde temprano en un guía, un líder, un sostén.

Mi madre también provenía de una familia de nueve hermanos, los Uzcátegui, repleta de historias, de risas, de reuniones interminables donde la comida se mezclaba con la música y la vida parecía siempre una fiesta, incluso cuando había dificultades.

Crecí rodeado de tías, tíos, primos, amistades, voces que llenaban la casa, manos que me guiaban, abrazos que llegaban sin ser llamados. Era imposible sentir soledad en medio de tanta gente, en medio de tanta historia compartida, en medio de una familia que entendía que el amor se multiplica cuando se entrega.

Mis raíces me formaron, me sostuvieron, me amaron hasta el infinito y fueron ellas las que me dieron la capacidad de sentir profundamente, de observar con atención, de escuchar con interés genuino, habilidades que más tarde se convertirían en herramientas indispensables para mi oficio de periodista.

Así inició mi periplo por la vida, con pérdidas prematuras, sí, pero también con abundancias afectivas, con silencios dolorosos, pero también con risas que hicieron temblar la casa entera, con preguntas sin respuesta, pero también con caminos que me empujaron hacia adelante.

Cada una de estas vivencias fue cincelandando en mí, una mezcla de sensibilidad, fortaleza y curiosidad por el ser humano y de esa mezcla nacería, más adelante, la vocación que definiría mi existencia, el periodismo.

Pero antes de llegar a ese punto, a ese oficio que se convertiría en mi respiración cotidiana, está el niño que fui, el adolescente que buscaba sentido, el hombre que miraba hacia atrás para entender por qué el destino lo había escogido para contar historias.

## **La infancia fue el amanecer de mi voz y en la inocencia que se mezclaba con la curiosidad, nació mi primera redacción**

Mi niñez fue un territorio de descubrimientos, aunque marcada por la ausencia materna; estuvo llena de estímulos, de aprendizajes, de curiosidades que no se saciaban fácilmente. Fui un niño inquieto, reflexivo, sensible; todo me llamaba la atención: los gestos de la gente, las conversaciones de los adultos, los silencios que parecían esconder preguntas sin resolver.

Muchas veces me sentaba en las escaleras o cerca de una ventana de mi hogar, escuchando el murmullo cotidiano de la calle donde me crié y en la que aprendí, sin darme cuenta, a leer la vida como si fuera un texto abierto, lleno de personajes, giros, conflictos y desenlaces inesperados, no lo sabía entonces, pero estaba entrenando mis sentidos para convertirme más adelante en un narrador de la realidad.

Mi padre, ocupado en su labor médica, siempre encontraba tiempo para enseñarme valores que hoy considero la columna vertebral de mi carácter.

La honestidad, la responsabilidad, el respeto, la empatía: no recuerdo largas conversaciones filosóficas con él en mi niñez, pero sí sus gestos nobles que decían mucho más que cualquier discurso, dejando siempre en claro que los valores, cuando se viven, no necesitan explicarse.

### **Mi adolescencia, búsqueda convertida en destino**

Mi adolescencia fue un tiempo de preguntas, de búsquedas, de pequeñas rebeldías que me ayudaron a conocerme. Comencé a sentir una necesidad creciente de entender el mundo, de saber por qué ocurrían las cosas, de encontrar respuestas donde a veces solo había incertidumbres.

Me atrapaba la lectura, me fascinaban las historias ajenas, me inquietaba el silencio de quienes no podían contar lo que vivían, sentía que había demasiado por decir, por descubrir, por aprender y en medio de esa inquietud comenzó a nacer en mí una vocación, primero tímida, luego urgente, quería contar historias.

Al principio no lo llamé “Periodismo”, solo sentía que había algo en mí que necesitaba comunicarse, encontrar palabras para lo que veía, con el tiempo, comprendí que ese impulso era más que un deseo, era una necesidad vital, casi un mandato.

La vida me empujó hacia caminos que no imaginé, pero todos, incluso aquellos que parecían dispersos, me llevaron hacia una misma orilla, la del periodismo, al descubrir que no hay mayor privilegio que contar la realidad, traducirla, hacerla visible, y entendí que el periodista es un puente, une la historia con el presente, une al testigo con la audiencia, une la verdad con la memoria colectiva.

Pero antes de convertirme en periodista, tuve que forjarme en hombre con memoria, con herencias invisibles, con cicatrices que no oculto, porque fueron esas cicatrices las que me enseñaron a ver la vida con profundidad y no solo con los ojos.

### **Es el inicio de una travesía que trasciende el tiempo, donde la búsqueda de sentido se transforma en legado**

Mi vida no empezó el día en que escribí mi primer artículo, ni el día en que puse un pie en una redacción, empezó realmente aquel 23 de diciembre en el Hospital Chiquinquirá, cuando la ciudad entera parecía celebrar mi llegada sin saberlo, con mis padres, con mis abuelas, con mis tías, con las manos que me sostuvieron, con los silencios que me formaron, con las lágrimas que me hicieron fuerte, con las risas que me devolvieron la esperanza.

Este libro inicia aquí, en este origen que marcó mi rumbo, donde empieza también mi conciencia de ser, porque para narrar mi historia, primero debo contar la historia del niño que fui, del hijo que aprendió a amar entre ausencias y presencias, del joven que buscó respuestas en cada esquina y del hombre que aprendió que el destino, aunque incierto, puede convertirse en una obra maestra cuando se le mira de frente.

## CAPÍTULO II

### LA DECISIÓN QUE CAMBIÓ MI VIDA, DE LA INCERTIDUMBRE A LA VOCACIÓN

La vida, en sus giros más inesperados, en ocasiones nos desafía a momentos de incertidumbre que parecen desmoronar todo lo que creíamos saber sobre nosotros mismos y yo me encontraba en una de esas coyunturas, atrapado entre la sombra de un destino impuesto por mí mismo desde niño y la búsqueda de un camino que resonara con mi alma, de allí que mi primer objetivo, siendo estudiante de bachillerato o al menos, el que todos esperaban de mí, era claro, estudiar Medicina tal como lo hizo mi amado padre.

Desde que tengo memoria, ese fue mi propósito que había proyectado, emular a mi padre, médico talentoso, el modelo a seguir, la figura cuyo legado parecía inevitable que yo continuara. En su mirada, siempre había algo que transmitía una tranquilidad sólida, como si en su profesión hubiera encontrado su verdadera razón de ser, no obstante, esa imagen que él proyectaba, lejos de inspirarme, comenzó a convertirse en una carga ya que la idea de seguir sus pasos y alcanzar el nivel de excelencia que él había logrado me resultaba no solo abrumadora, sino casi un compromiso difícil de asumir.

Mi mente, aunque joven, ya comprendía que jamás podría ser mejor que él, que nunca alcanzaría su nivel de responsabilidad, destreza y, al mismo tiempo, sentía que esa era la única opción, el único camino posible, hasta que un día, mi ídolo, mi guía, me refiero a mi padre, en su consultorio médico, ubicado en la clínica “Santa Teresita”, quien siempre había sido mi mayor apoyo, cambió todo lo que pensaba sobre mi futuro cuando mirándome cara a cara me dijo con su voz calma pero firme: "Si decides estudiar Medicina, asegúrate de ser mejor que yo."

En ese momento, sus palabras me cayeron como un balde de agua fría; pensé en todo lo que él representaba en mi vida, en todo lo que había logrado, y me enfrenté a la realidad cruel de que nunca podría igualarlo.

Esa frase, lejos de ser un incentivo, fue una especie de ultimátum, si no podía superarlo, ¿realmente valía la pena seguir esa carrera? y algo dentro de mí comenzó a cuestionar la validez de esa elección, una deliberación que nunca había sido completamente mía.

Fue en medio de ese desconcierto que mi padre, con el amor y la sapiencia de quien ya había vivido más que yo, decidió inscribirme en un curso de orientación vocacional dictado por el famoso psicólogo zuliano, Dr. Eduardo Habat, y se celebraba en el colegio Nuestra Señora de Chiquinquirá, justo cuando cursaba quinto año de bachillerato. Yo, en mi estado de inseguridad, acepté asistir, aunque sin mucha esperanza de que algo pudiera realmente cambiar.

El colegio Nuestra Señora de Chiquinquirá, también conocido como el Colegio Hermanos Maristas, es una de las instituciones educativas más influyentes y representativas de la ciudad de Maracaibo, en Venezuela. Su impacto histórico se extiende más allá de la enseñanza académica, convirtiéndose en un símbolo de educación, formación integral y valores que han marcado a varias generaciones de zulianos.

Recuerdo con absoluta claridad aquel día en que fuimos convocados doce alumnos, seleccionados por la dirección del plantel a solicitud de nuestros padres, y nos encontramos en un taller conducido por el Dr. Eduardo Habat, que lejos de ser un simple ejercicio académico, se convirtió en un viaje profundo hacia nuestro interior porque durante horas fuimos guiados a través de dinámicas y actividades que nos empujaban a descubrir nuestras aptitudes, pasiones y motivaciones más ocultas, y en pequeños grupos nos enfrentamos a ejercicios y preguntas que buscaban arrancar de nosotros la verdad de lo que realmente nos movía, y cuando finalmente llegó el instante de conocer los resultados mi corazón se agitaba con una mezcla de ansiedad y escepticismo, latiendo como si quisiera adelantarse a la revelación de aquello que estaba destinado a marcarme para siempre.

Para ser sincero, no esperaba grandes revelaciones ni cambios en mi perspectiva, sin embargo, cuando el Dr. Eduardo Habat comenzó a dar los resultados, algo en su tono de voz me hizo sentir que lo que estaba a punto de escuchar sería crucial y con extraordinaria entereza nos dio a todos los diagnósticos vocacionales, pero a mí me dejó para el final y mientras los demás escuchaban sus respuestas, yo me encontraba sumido en un torbellino de dudas, sin saber qué esperar.

Cuando llegó mi turno, el Dr. Habat, no solo me entregó los resultados, me hizo una señal para que me acercara más a él, abrió un libro grueso, repleto de opciones profesionales, y lo sostuvo frente a mí.

"De todas estas opciones", dijo con una seriedad que jamás olvidaré, "solo una te hará feliz y, si lo deseas, te llevará a la fama."

Con una calma infinita, me señaló una palabra en particular, "**Periodismo**", la cual resonó en mí como un eco, una vibración que no sabía que estaba esperando, pero que, en ese preciso instante, cobró todo su sentido.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababa de escuchar... Periodismo... esa palabra nunca había cruzado mi mente con tanta fuerza... ¿Yo, un periodista?... mi percepción inicial rápidamente trató de rechazarlo, pero algo en el fondo de mi ser me decía que había señales certeras en las palabras del famoso psicólogo zuliano.

Fue entonces cuando me hizo una invitación que cambiaría el curso de mi vida para siempre... "Ven conmigo mañana temprano a un recorrido por un lugar que te va a enganchar", dijo, "te llevaré a la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia". No sabía qué esperar, pero acepté sin dudar y, tal como lo solicitó, al día siguiente, muy temprano, nos dirigimos hacia la Facultad de Humanidades de la Universidad del Zulia (L.U.Z.).

Nunca había estado en ese escenario universitario antes, y al ingresar a sus pasillos por primera vez, una sensación extraña y poderosa invadió todo mi ser, fue como si el lugar me hablara, como si me estuviera dando la bienvenida a un futuro que, hasta ese momento, no sabía que existía... algo dentro de mí se iluminó... "Este es el lugar donde quiero estar"... me dije a mí mismo en ese mágico instante.

Esa visita, aunque corta, fue decisiva; al caminar por esos pasillos, observando a los estudiantes, escuchando las conversaciones sobre el periodismo, me di cuenta de que estaba en el

lugar correcto. En ese territorio académico no había un legado de perfección imposible de alcanzar; no había un modelo que me opacara; era un mundo en el que podría ser yo mismo, donde las palabras, la verdad y la historia se entrelazaban para dar sentido a la realidad, y fue en ese momento cuando decidí que mi futuro estaba en el Periodismo.

A partir de ese día, mi vida tomó un giro radical, no solo me inscribí en la universidad para estudiar Comunicación Social, sino que me comprometí con una carrera que me permitiría encontrar mi propia voz y, tal vez, contribuir con algo valioso a la sociedad.

Mi padre, al principio sorprendido por mi elección, sin dudarlo me apoyó de manera incondicional, como siempre lo había hecho, y me alentó a seguir mi camino, sabiendo que esta era mi verdadera vocación.

El Periodismo se convirtió en la brújula que guiaba mis pasos, y aunque aún guardo en mi corazón el profundo respeto por la Medicina y el legado de mi padre, hoy sé que mi lugar está aquí, entre las palabras, las historias y la búsqueda de la verdad.

La incertidumbre de aquel momento fue sustituida por una certeza profunda: el Periodismo era la profesión que me haría feliz; esta era la historia que debía contar.

### **Entre aulas y sueños, los años universitarios marcaron el despertar del periodista**

Ingresar a la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia (LUZ) fue mucho más que una decisión académica, fue un llamado interior.

Desde que crucé por primera vez la entrada del campus, comprendí que había llegado al lugar donde mi curiosidad, mi vocación y mi espíritu inquieto encontrarían su cauce natural.

Aquella Escuela, tan viva, tan diversa y tan comprometida con la verdad, fue mi laboratorio de vida, el espacio donde comencé a entender que el periodismo no se estudia, se siente, se vive y se defiende.

Ser estudiante de Comunicación Social en LUZ durante aquellos años de estudio significaba convivir con un hervidero de ideas, debates, sueños y causas.

Las aulas eran, algunas, pequeñas, otras, de gran tamaño, donde las conversaciones eran intensas, allí aprendí que el periodista no se forma solo con teorías, sino con preguntas, que detrás de cada titular, de una noticia, hay un rostro, una historia, una verdad que exige ser contada con ética y sensibilidad.

Evoco mis primeros días de clases con una mezcla de emoción y respeto, los profesores eran figuras admiradas, algunos de ellos verdaderos referentes del oficio, maestros exigentes, defensores de la palabra precisa y del pensamiento crítico, como el maestro Sergio Antillano, Julio Fernández, Martha Colomina, Xiomira Villasmil, Edgar Fernández, entre otros grandes formadores y ejemplos del docente universitario ético y ejemplar.

Aprendí de ellos que el periodismo no es una profesión para los conformistas, sino para quienes están dispuestos a incomodar al poder, a preguntar lo que otros callan y a dar voz a los que no la tienen; en esos salones entendí que la verdad tiene precio, pero también valor.

Durante mis años universitarios, participé en actividades estudiantiles, foros y proyectos académicos que me fueron acercando, poco a poco, al ejercicio real de la comunicación.

Me involucré en debates, producciones radiales, televisivas y colaboraciones en publicaciones internas, donde tuve mis primeros textos firmados, confieso que era emocionante ver mi nombre impreso por primera vez, aquel Angel Enrique Perozo Uzcátegui que soñaba con un micrófono y una libreta ahora empezaba a hacerse realidad.

En la Universidad del Zulia, a través de su Escuela de Comunicación Social, no solo me formé como comunicador, sino también me forjé como ciudadano.

En sus pasillos aprendí a valorar la libertad de pensamiento, a defender las ideas con argumentos y a entender que la información es un derecho humano fundamental.

Fui testigo y participante activo de movimientos estudiantiles, fui a protestas y manifestaciones que me hicieron comprender el peso de la palabra y la responsabilidad de usarla con sabiduría, allí nació mi compromiso social, el mismo que más tarde marcaría mi trabajo periodístico y gremial.

La universidad me regaló amistades que aún conservo, colegas con los que compartí noches de estudio, reportajes improvisados y largas conversaciones sobre lo ético, político y el poder de la comunicación, algunos soñaban con la televisión, otros con la radio o la prensa escrita.

Yo, por mi parte, quería experimentar todo, sentía que mi voz tenía algo que decir y que el periodismo sería mi manera de dejar huella.

### **El Trabajo Especial de Grado fue el punto de partida, el reto que despertó mi vocación investigadora**

La carretera hacia lo invisible, el inicio del proceso de planificación y estudio del escenario seleccionado para lograr impactar con el rango académico que me acreditaría como Licenciado de Comunicación Social, Mención Audiovisual y a mi compañero de tesis, el colega Jonny Silveira, ambos, acoplados y cohesionados para afrontar el gran reto de investigación propuesto, nos dispusimos a viajar al santuario público de la Diosa María Lionza en la montaña de Sorte.

El camino hacia este fascinante escenario natural, asentado en el municipio Bruzual en la Región Centroccidental del Estado Yaracuy, parece uno cualquiera al principio, pero basta avanzar unos kilómetros para que el paisaje adquiera una textura sensorial diferente; el aire se vuelve espeso, como si contuviera historias en suspensión, el viento arrastra un murmullo que oscila entre el canto, el rezo y la advertencia.

Viajábamos como Periodistas, una careta estratégica para realizar nuestro trabajo de campo, aunque en realidad éramos dos investigadores universitarios en plena construcción del Trabajo Especial de Grado “Una respuesta psicológica al culto de María Lionza”.

Jonny Silveira, mi compañero de tesis y fotógrafo incansable, revisaba su cámara como si puliera un arma para la batalla.

¿Listo?, preguntó antes de iniciar el viaje

Listo no es la palabra, respondí... “Preparado, quizás”.

Cualquiera que se interna en esa montaña entiende que Sorte no es un sitio; es magia, misticismo y temor a lo desconocido. Es un estado mental; la psicología lo explicaría como predisposición perceptiva; la antropología como un territorio cargado de símbolos y los creyentes simplemente dicen... “Aquí todo es distinto...” y definitivamente lo es.

El primer contacto con el poder del discurso ritual ocurrió apenas descendimos del vehículo; un hombre delgado, torso desnudo, rostro atravesado por líneas oscuras, emergió entre los árboles.

“Hermanos... la Reina los vio venir...” dijo sin titubear.

Ese tipo de afirmación, categórica y sin pruebas, es una herramienta clásica de sugestión direccionada a crear la ilusión de omnisciencia para generar dependencia emocional y créanme, funciona.

Aunque sabíamos lo que hacía, la frase provocó que Jonny me mirara de reojo; ambos sentimos un pequeño estremecimiento.

“Soy periodista de la Revista Z”... dije, actuando mi papel.

“Y yo el fotógrafo”... añadió Jonny.

El hombre sonrió... “¡Bienvenidos... y yo soy Luis el Grande!... el brujo que los atenderá durante su presencia en este santuario sagrado”

El nombre del encantador anfitrión ya es, en sí mismo, un discurso, ya que un brujo que se nombra grande, antes de demostrar nada, entiende a la perfección el valor de la narrativa identitaria.

A medida que avanzaba la tarde, la explanada principal se fue iluminando con velas, botellas de aguardiente y telas rojas que colgaban de los árboles como banderines sagrados, un escenario donde los videntes se desplazaban con movimientos lentos y ceremoniales, y cada uno de sus gestos parecía pensado para generar expectativa.

El público, creyentes, curiosos, necesitados, se ubicaba en un semicírculo natural, la escena ya estaba montada con varias semanas de antelación, la antropología ritual habla de “climas

sensoriales de inmersión”, ambientes cargados de sonido, color y olor diseñados para sacar al visitante de la realidad ordinaria.

“Luis el Grande”, con su vara adornada con cintas violetas, anunció...

“Hoy habrá paso sobre brasas y si la Reina María Lionza lo permite... las almas de nuestros hermanos, bajarán y nos acompañarán en esta noche.” La frase cruzó el aire como un cuchillo lento; la gente en torno al fuego murmuró, unos 50, entre hombres y mujeres, jóvenes y adultos; algunos se persignaron; otros lloraron sin razón aparente.

La psicología lo llama activación emocional anticipada, el cuerpo se prepara antes de que el estímulo llegue, la fe colectiva es un amplificador poderoso.

### **El golpe bajo, “La hermana Débora está aquí”**

El momento en que el brujo tocó la herida más profunda de mí ser... “Luis el Grande” se acercó sin pedir permiso, me tomó el rostro con ambas manos impregnadas de unguento... sentí un frío mentolado que parecía querer anestesiarse la razón.

Cerró los ojos...tembló y dijo, sin pudor alguno, con voz entrecortada y una emoción descriptiva descarada... “Hermano”, dirigiéndose a mí, “hay una presencia detrás de ti que quiere saludarte y abrazarte.”

Su voz se volvió áspera y lanzó al aire...

“Una hermana... una que te ama desde donde ya no se regresa...” espetó sin disimulo alguno.

Mi garganta se secó, sentí miedo, se me erizaron los pelos de los brazos mientras atento escuchaba al charlatán del circo espiritual concentrado en uno de los muchos pozos públicos de Sorte...

“Su nombre... es Débora...”, exclamó.

“Mi madre... mi difunta madre...”... mi reacción emocional fue inmediata, involuntaria, humana y también, para el brujo “Luis el Grande”, perfectamente predecible.

Casi de inmediato comenzó a contorsionar su cuerpo y emitió un grito que buscaba parecer un desgarramiento espiritual y luego habló con una voz impostada... “Hijo mío... estoy aquí...”

La gente alrededor se conmovió. Jonny bajó la cámara, sorprendido por la audacia del brujo, me dijo en ese instante... “Eso es contigo Angel...”

Durante un segundo, lo admito, sentí una grieta interna, quise creerle y escuchar la voz de mi madre la que nunca sentí por su temprana partida de este mundo apenas a los 14 días de mi nacimiento.

Ese fue el instante exacto en el que comprendí, en carne viva, lo que estábamos estudiando: la sugestión opera en la línea exacta donde la razón se quiebra y el deseo aparece.

Pero algo falló en la actuación del brujo “Luis el Grande”

Jonny me tocó el brazo... mira su mano izquierda... susurró a mi oído...

“El brujo Luis está bebiendo licor de una pequeña botella escondida y está inventando historias sobre la vida de tu difunta madre... imagina hermano que dijo, mientras diste la espalda por unos minutos, que ella murió en un accidente de tránsito cuando la verdad fue que falleció por la enfermedad del tétano...”

La rabia me devolvió la lucidez.

¡Basta! ... le grité frente a todos los presentes... “No juegue con la memoria de mi madre Débora.”...

El silencio que siguió fue denso, nada espiritual, incómodo y delatador de falsedades encubiertas en la figura de un hombre farsante que asumiendo como brujo cautivaba con poderoso discurso espiritual a sus seguidores.

### **La noche que enfrentó nuestro miedo se convirtió en un espejo de reflexiones a orillas del río San Juan**

Jonny y yo nos sentamos junto al afluente de agua, para muchos, mágico y hasta milagroso. El sonido del agua tiene, en la montaña de Sorte, un efecto casi hipnótico y no es casual: las culturas antiguas sabían que el ruido repetitivo induce estados emocionales profundos.

“No te culpes”...me dijo Jonny.

“Ese brujo astuto usó lo más vulnerable que tenías... ese charlatán es un gran actor que convence a cualquiera... un gran actor que entiende y sabe las debilidades emotivas de su público...” exclamó.

En esos instantes de tertulia, una mujer mayor, Doña Carmencita, se nos acercó sin aviso y expresó, para nuestro asombro:

“Luis es mi amigo... él hace lo que sabe hacer... engañar a todos sus seguidores”,...dijo con sabiduría la amable señora... “Ustedes vienen con preguntas y él les da respuestas... aunque sean inventadas.”

La frase se me quedó grabada porque revela la esencia del culto: el brujo no da verdades, da consuelo y es allí donde los incautos caen en la trampa.

## Quibayo, el rostro oculto del mito de María Lionza, un tabernáculo donde la fe se vive en silencio

Al día siguiente viajamos al “Santuario de Quibayo”, en ese otro escenario natural la atmósfera era distinta, menos espectáculo, más intimidad.

Un grupo de brujos más jóvenes nos recibieron con naturalidad.

“Aquí la Reina no necesita que la llamen”... dijo uno de ellos... aquí se siente.

Observamos un rito de limpieza, aguardiente soplado como bendición, ramas pasadas impactadas en las espaldas de muchos de los asistentes al ritual, palabras otorgadas en clave y de repente, un hombre entró en trance.

Un grupo de los presentes lo sostuvieron, lloraron con él y exclamaron en éxtasis colectivo “está incorporado por el Negro Felipe”.

Era el triángulo perfecto de la sugestión, un sujeto frágil, un grupo que refuerza la experiencia como un acto mágico y espiritual, un liderazgo que interpreta el trance como verdad.

Desde una perspectiva psicológica, impecable, antropológicamente fascinante, humanamente conmovedor fueron algunas de las conclusiones previas a las que llegamos mi colega Jonny y yo en pleno desenlace de nuestra investigación y de donde salimos con la sensación de haber entrevistado a un actor del alma humana, no a un místico que, refugiado en el disfraz de curandero, cautivó y conmovió a muchos, menos a mi colega Jonny ni a mí.

Al final de nuestra investigación, el Dr. Freddy Girón, experto sicólogo y nuestro tutor de contenido, concluyó: “*Los brujos son, en su mayoría, dementes activos, pero saben que la mente construye realidades y por eso los incautos creyentes caen en sus trampas.*”

Jonny y yo nos miramos y sonreímos, aprendimos algo más que datos etnográficos, habíamos presenciado cómo la narrativa, la oratoria sensitiva y la sugestión pueden moldear emociones y percepciones.

Salimos de la montaña de Sorte con un nuevo respeto por el poder de la palabra y la escena, una experiencia que nos mostró que los vuelos no son físicos, vuelan en la mente de quienes creen y de quienes saben contar historias y yo, desde entonces, sentí que la comunicación emocional se convertiría en mi brújula, un poder que, usado con ética, puede transformar cualquier historia en un acto de conexión humana profunda y aunque no creo en la literalidad de los espíritus, aprendí algo crucial... “*La palabra es un rito y quien sabe usarla convoca emociones tan poderosas como cualquier fuego encendido*”.

Felizmente presentamos nuestra investigación frente a un jurado exigente y ampliamente conocedor del área audiovisual que tuvo como presidente del jurado evaluador nada menos y nada más que el famoso catedrático, Prof. Edgar Fernández quien estuvo acompañado por la Profesora Rosa María Salón quienes emitieron la evaluación final del Trabajo Especial de Grado... 20 puntos.

Con título en mano activé los primeros pasos en el oficio y mi debut profesional fue, como suele suceder, una mezcla de nervios y entusiasmo.

Comencé colaborando en pequeños espacios radiales y columnas locales, haciendo notas culturales, entrevistas y reportajes comunitarios, no había sueldo fijo ni grandes medios detrás, pero sí una profunda convicción, la de que cada historia merecía ser contada con respeto.

Recuerdo mis primeros días frente a un micrófono en el programa “Leyendo la Prensa”, transmitido por la emisora “Radio Catatumbo”, en un horario exigente por cuanto iniciaba a las 5 a.m. con la lectura de los titulares más importantes de los periódicos regionales y nacionales.

La adrenalina era inmensa, el sonido de la cabina, el parpadeo del “en el aire”, el olor del papel con los apuntes, todo formaba parte de una liturgia que me atrapó desde el primer instante.

En esa primera experiencia radial comprendí que la radio no solo comunica, también acompaña, educa, da esperanza y que aquella voz que salía por las ondas hertzianas no era solo mía, era el eco de los que necesitan estar informados desde muy temprano.

Más tarde, incursioné en la prensa escrita, realizando trabajos iniciales, como colaborador, en varios periódicos y revistas zulianas donde descubrí la precisión de la palabra impresa y el poder de un buen titular.

Escribir para medios locales me permitió conocer la realidad social del estado Zulia desde sus barrios, sus mercados, sus hospitales, sus universidades; aprendí que el periodista debe mirar a los ojos, escuchar sin prejuicios y escribir con el alma.

Con el tiempo, fui comprendiendo que el periodismo no es un trabajo, sino un compromiso permanente con la verdad, no se trata de buscar fama ni reconocimiento, sino de ejercer un servicio público.

Descubrí que detrás de cada noticia hay lágrimas, esfuerzos y sueños que merecen respeto, y ese respeto se convirtió en mi norma, en mi bandera personal, durante esos primeros años de poca presencia como profesional, la ética fue mi norte.

Observé de cerca cómo algunos cedían frente a la tentación del poder o del dinero, y eso reforzó en mí la idea de que el periodismo sin ética es solo ruido y decidí, desde entonces, que prefería la credibilidad a la popularidad, la verdad incómoda a la mentira complaciente.

El oficio me llevó a conocer realidades que marcaron mi visión del país, aprendí que la noticia no siempre está en los grandes titulares, sino en las pequeñas historias de vida que ocurren en silencio, entendí que la crónica puede ser una forma de justicia, que la palabra puede redimir o denunciar, y que la objetividad, aunque inalcanzable, es un faro que siempre debe guiarnos.

### **Entre la vocación que inspira y el sacrificio que exige, nace la esencia del compromiso**

Ser periodista en Venezuela nunca ha sido tarea fácil; los tiempos cambiaban y el país comenzaba a vivir transformaciones sociales y políticas profundas.

En ese contexto, ejercer el periodismo significaba valentía y compromiso, muchas veces me tocó cubrir situaciones difíciles, enfrentar censuras o limitaciones, pero siempre con la convicción de que callar no era una opción.

Fueron años de aprendizaje intenso, de días largos y noches sin descanso, pero también de satisfacción, porque nada se compara con la sensación de saber que una historia contada puede cambiar la percepción de una comunidad, o que una denuncia bien sustentada puede abrir un debate necesario.

Ese es el poder del periodismo, ser conciencia colectiva, memoria viva y testimonio de una época.

A la par de mi crecimiento profesional, seguía cultivando mis pasiones paralelas, la música, el deporte, la escritura, cada una de ellas alimentaba mi espíritu y me ayudaba a mantener el equilibrio frente a las tensiones del oficio, aprendí que para ser buen periodista hay que vivir, sentir, participar, no basta con observar, hay que involucrarse con el alma.

Con el paso de tiempo fui consolidando mi estilo, algunos decían que mis trabajos tenían un tono demasiado emotivo, otros, afirmaban que mis entrevistas parecían conversaciones más que interrogatorios, yo prefería pensar que más que periodista era un narrador de realidades, un contador de vidas.

Mi formación universitaria me había dado las herramientas técnicas, pero fue la calle, la gente y la experiencia las que terminaron de moldear al periodista que hoy soy.

Mirando atrás, ahora entiendo que aquellos años en la Universidad del Zulia y mis primeros pasos en el periodismo fueron el cimiento de todo lo que vino después.

En LUZ aprendí a pensar, y en la calle aprendí a sentir, en la academia descubrí la teoría, en el ejercicio, la humanidad, ambas partes se complementaron y me enseñaron que el periodismo no se improvisa, se construye día a día, con coherencia, con pasión y con ética.

Cada entrevista, cada nota, cada transmisión en vivo se convirtió en una lección; aprendí a convivir con el error, a aceptar las críticas y a corregir sin orgullo; descubrí que la humildad es una herramienta tan necesaria como el conocimiento y que la credibilidad se gana en silencio, con trabajo constante y respeto por el público.

Hoy, cuando recuerdo aquellos años universitarios y mis primeros pasos como aprendiz, me reconozco en ese joven que soñaba con cambiar el mundo a través de la palabra y la escritura.

A veces pienso que lo único que ha cambiado es la edad; el entusiasmo sigue intacto, porque el periodismo, más que una profesión, ha sido mi manera de entender la vida, de darle sentido al paso del tiempo y de honrar a mis padres, quienes me enseñaron, sin saberlo, que la verdad y la bondad siempre deben ir de la mano.

Y fue entonces como, al poco tiempo de graduado como licenciado en Comunicación Social, Mención Audiovisual, tras una breve pasantía por medios de comunicación escritos y radiales, como Preparador y Docente Contratado en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia, el destino me involucró en mi primera gran escuela de periodismo televisivo, el Canal de Televisión Regional “Niños Cantores del Zulia”, mejor conocido como el Canal 11 del Zulia, NCTV.



## CAPÍTULO III

### NOTIONCE, LA VOZ QUE INSPIRÓ Y LA IMAGEN QUE ILUMINÓ LAS PANTALLAS DE NIÑOS CANTORES TELEVISIÓN

Por designios de Dios, el destino me sorprendió estando en una tarima. Nunca olvidaré aquel día de diciembre, a pocas horas de mi cumpleaños, en el emblemático Hotel del Lago, el aire estaba impregnado de olor a cerveza Zulia y la Regional, el bullicio de los invitados a una gran fiesta de navidad organizada por una empresa de prestigio zuliano y la expectación de los trabajadores y sus familiares que se reunían para escuchar y bailar al ritmo de la gaita en temporada navideña presagiaba una gran ocasión festiva empresarial.

Yo, en plena juventud, recién casado con una joven hermosa, Milagro Lourdes, lleno de entusiasmo y con ganas de dejar huella, me encontraba en la tarima con el grupo “La Universidad de la Gaita”, animando y cantando gaitas, sin imaginar que aquel momento marcaría un antes y un después en mi vida profesional.

Entre el público, entre el murmullo de la audiencia, se encontraba una figura que no tenía previsto encontrar, el profesor Julio Fernández, quien era el recién nombrado Director de Información y Opinión de la División Informativa del naciente canal de televisión Niños Cantores TV (NCTV).

No estaba en mis planes cruzarme con él, mis caminos con el periodismo profesional aún eran inciertos, pero el destino, caprichoso y oportuno, tenía sus propios planes.

Mientras yo animaba en el entablado, contagiando a todos con la energía de la gaita, noté una mirada fija sobre mí, no era una fijación visual cualquiera, era el contacto sensorial de alguien que sabía reconocer talento y potencial, sin que se lo anunciara un currículo, se trataba del profesor Julio Fernández, con su porte sereno y mirada incisiva, parecía medir cada gesto, cada palabra, cada nota que brotaba de mi garganta.

Al concluir el show, entre aplausos y vítores, sentí una mano sobre mi hombro; era él, el decano del periodismo zuliano, acercándose con una sonrisa que combinaba autoridad y calidez.

¿Tienes minutos para conversar? ... me dijo, con esa voz que siempre ha proyectado seguridad y respeto... “Creo que tu lugar podría estar en algo más grande de lo que imaginas.”

Esa frase resonó como un trueno en mi cabeza y, sin darme cuenta, lo que comenzó como una presentación musical improvisada se convirtió en la puerta de entrada al mundo del periodismo televisivo; no hubo entrevistas ni audiciones formales, solo el reconocimiento de talento y el designio de la providencia en un instante casual.

Hay momentos en la vida que marcan un antes y un después, para mí, ese punto de inflexión fue cuando crucé por primera vez las puertas de Niños Cantores Televisión Canal 11 del Zulia, un edificio, emblemático y vibrante, con arquitectura muy moderna para la época, forjada por Monseñor Gustavo Ocando Yamarte, quien fungió como uno de mis mentores en ese entonces, representaba el sueño que había cultivado desde mis años universitarios, comunicar con propósito.

Recuerdo con nitidez la sensación de estar frente a las cámaras, las luces del estudio, el ir y venir de los técnicos, el murmullo del control maestro; era como ingresar a un universo donde la realidad y la vocación se encontraban. Dos semanas después, me integré al equipo de Noticiero Noti Once, bajo la tutela directa del decano Julio Fernández; lo que siguió fue un aprendizaje intenso, lleno de exigencias, retos y descubrimientos que me formarían no solo como periodista, sino como persona.

Aquel encuentro fortuito en la tarima del Hotel del Lago se convirtió en el inicio de una trayectoria que jamás habría imaginado, un episodio que reafirmó que la vida a veces premia la pasión y la dedicación, incluso cuando no forman parte de un plan preestablecido.

Y así comenzó mi historia con Niños Cantores TV, una historia que mezcla azar, destino y la magia de estar en el lugar correcto en el momento justo.

### **Mi entrada formal a una gran escuela**

Llegué a Canal 11 del Zulia con la ilusión intacta y con una maleta llena de aprendizajes, venía de la escuela de Comunicación Social de la Universidad del Zulia, formado en el rigor académico como docente contratado y con la experiencia de mis primeros pasos en la prensa y la radio regional, pero la televisión era otro mundo, más inmediato, más exigente, más implacable.

Allí no había segundas tomas para la credibilidad, cada palabra, cada gesto, cada silencio era noticia, era la época de la televisión de señal abierta, la gran pantalla zuliana que abrió sus puertas y donde di mis primeros pasos como reportero de calle, compartiendo escenarios informativos con grandiosos colegas que con los años se convirtieron en grandes amigos, como son Carmen Zabala, María Delgado, Nila González, Eduardo Ochoa, Freddy Curiel y José Israel González.

Mi ingreso al Noticiero Notionce fue, sin duda, uno de los hitos más significativos de mi carrera, el formato del noticiero exigía precisión, temple y compromiso, escenario donde aprendí que el periodismo televisivo es un arte de equilibrio entre la rapidez y la veracidad, entre la emoción y la neutralidad donde la cámara no perdona, y el público tampoco.

Mis primeras apariciones fueron breves, pero cada una de ellas era una prueba de fuego ya que detrás del lente había miles de televidentes esperando información clara, responsable y oportuna.

En Notionce comprendí que el periodista no solo informa, también interpreta la realidad con responsabilidad, cada día era una lección sobre cómo convertir los hechos en un relato comprensible, humano y cercano. Trabajar en NCTV Canal 11 del Zulia, significaba también formar parte de una institución con una profunda raíz social y espiritual que unía la fe, la cultura y el compromiso comunitario; aquella atmósfera de valores, respeto y profesionalismo me permitió crecer no solo como comunicador, sino también como persona.

Aprendí que la televisión puede ser un instrumento de educación y esperanza, no solo de entretenimiento, en los espacios para escribir y producir noticias del Canal 11 se respiraba pasión de donde como reporteros salíamos a la calle con libretas en mano y una sola meta, contar la verdad con ética.

Asumí como reportero de calle, narrador de noticias, ancla y productor ocasional, desempeñé varios roles, todos con el mismo entusiasmo de quien siente que está construyendo su destino, en ese tiempo consolidé mi estilo, una mezcla entre el rigor del periodista y la sensibilidad del cronista que busca el lado humano de la noticia.

Recuerdo los días de cobertura especial, las transmisiones en vivo, los nervios antes de cada salida al aire, rodeados de una energía indescriptible, un sentido de responsabilidad colectiva, cada emisión de Noti Once era una batalla ganada al silencio, una oportunidad de ejercer la profesión con orgullo zuliano.

Entonces, cierto día, de repente, surgió mi primer gran reto reporteril cubriendo la Fuente Comunal, la “Quebrada Morillo”, el epicentro de Aguas Negras que afectaron por años a toda una comunidad residente en una populosa colectividad de la ciudad capital del estado Zulia.

El día que marqué mi nombre en la historia periodística del Zulia comenzó con un olor insoportable; aquel hedor, mezcla de aguas estancadas, basura podrida y descomposición, se levantaba desde las entrañas de la Quebrada Morillo, una herida abierta en el corazón de Maracaibo.

Esa fue mi primera cobertura como reportero del Canal 11 del Zulia, y aunque el calor habitual de la ciudad parecía más despiadado que nunca, lo que realmente me encendía la piel era la emoción, sabía que no había espacio para el error, frente a mí se desplegaba una historia que merecía ser contada con la voz de toda una comunidad olvidada.

El llamado llegó a la sala de prensa del canal, muy temprano en una hermosa mañana, un grupo de vecinos desesperados había acudido a la planta televisiva para suplicar cobertura.

“¡Solicitamos que el Periodista Angel Perozo (Así, tal cual, con nombre y apellido, lo que me intimidó, por supuesto...), venga a ver lo que estamos viviendo en nuestro barrio!... ¡Los niños se enferman, las moscas no nos dejan comer, y el agua sucia ya entra a las casas!”, gritaba una mujer con megáfono en mano.

Había indignación, pero también esperanza; creían que, si las cámaras de Canal 11 mostraban su tragedia, alguien, por fin, escucharía su clamor popular. Tomé mi libreta, el micrófono y esa hambre de justicia que desde entonces ha sido mi brújula.

El camarógrafo, un veterano curtido de tantas historias, popularmente conocido como “Guapo”, me miró con media sonrisa y dijo... “Epa muchacho... esta va a ser tu prueba de fuego...”... y cuánta razón tuvo. Al llegar a la comunidad, el paisaje era desolador, las aguas negras corrían como un río malintencionado entre las casas.

Los desperdicios se acumulaban en los márgenes de la quebrada, bolsas rotas, restos de comida, animales muertos, gusanos que parecían brotar del suelo. El zumbido constante de los mosquitos formaba un coro siniestro que se mezclaba con el llanto de los niños y las quejas de las madres, la Quebrada Morillo, que alguna vez fue un cauce natural de desagüe, se había convertido en un vertedero pestilente que amenazaba la salud y la dignidad de cientos de familias marabinas.

Me adentré entre los vecinos, libreta en mano, escuchando cada testimonio como si fuera una sentencia.

“¡Mire, periodista, esto no lo aguanta ni un animal!”... me decía un hombre con las botas cubiertas de barro.

“¡Han venido funcionarios, han prometido arreglos, pero nadie cumple!”... añadía una anciana que me mostraba las paredes agrietadas de su humilde casa... fue en ese instante cuando comprendí que el periodismo no era solo informar, sino comprometerse.

Aquella comunidad no necesitaba palabras vacías; precisaba que su clamor se escuchara más allá del barrio, más allá de los despachos fríos donde la indiferencia solía reinar.

Encendimos la cámara; frente a la lente, la quebrada se mostraba sin filtros, aguas oscuras, espesas, cargadas de residuos que brillaban al sol como una ironía. Comencé la grabación con voz firme... “Desde el corazón de Maracaibo, reporta Angel Perozo, Canal 11 del Zulia. Detrás de mí, la Quebrada Morillo se ha convertido en una amenaza latente para esta comunidad.”... cada palabra fue un golpe, cada imagen, una denuncia viva.

En la edición de imágenes y testimonios, insistí en que se mostraran los rostros de los niños, las manos encallecidas de las madres, los gestos de impotencia de los padres, no era amarillismo, era la verdad sin maquillaje, esa verdad que duele, pero que también despierta conciencias... el reportaje se transmitió en el noticiero estelar de esa misma noche.

Yo estaba en mi hogar recostado plácidamente con mi hijo recién nacido, mi primogénito, Angel Andrés, con los nervios a flor de piel, observando cómo mi voz llenaba la pantalla y fue tal el impacto de mi primer reportaje que, al día siguiente, comenzaron a sonar los teléfonos del canal.

Llamaban desde la Gobernación del Estado Zulia, desde la Alcaldía de Maracaibo, desde los entes de salud pública regionales; las autoridades, hasta entonces silenciosas, reaccionaban frente a la presión mediática ejercida a través de una noticia comunal.

Las cuadrillas municipales llegaron al lugar al día siguiente, se limpiaron los cauces, se fumigó la zona, se enviaron médicos y se planificó una obra de saneamiento.

El milagro no fue casualidad, fue el poder de la verdad puesta al servicio del pueblo, aquel día comprendí el alcance real del periodismo, no se trataba solo de cumplir una pauta o redactar una nota; era una forma de transformar realidades, de dar voz a quienes no la tienen.

En los días siguientes, recibí decenas de cartas y expresiones de agradecimiento...

“Periodista Angel Perozo, gracias por venir”, me decía una madre con lágrimas en los ojos cuando regresé a la comunidad... “Usted nos devolvió la esperanza.”

Ese fue mi bautizo en la profesión... el trabajo periodístico “Quebrada Morillo: Aguas Negras que Afectaron a Toda una Comunidad” no solo fue un reportaje, fue el punto de partida de una misión que, con los años, definió mi identidad como periodista.

A partir de aquel episodio, las puertas de los barrios zulianos se abrieron ante mí, la gente me reconocía en las calles, me llamaban “el periodista de las comunidades” y con cada historia, con cada denuncia, reafirmaba mi compromiso con la verdad, entendí que aquel olor a

podredumbre que me recibió en mi primera cobertura no era solo el de la contaminación, sino el de una sociedad acostumbrada al silencio y que mi labor, desde ese instante, sería romperlo.

Porque el periodismo no se hace detrás de un escritorio ni desde la comodidad de una cabina; se hace en el terreno, en el barro, en medio de la gente. Se hace con el corazón y con la convicción de que la palabra puede limpiar lo que la negligencia ensucia.

Poco tiempo después de la cobertura de la quebrada contagiosa, algo comenzó a cambiar en mi vida profesional y personal, las líneas telefónicas del canal no dejaban de sonar, eran vecinos, líderes comunitarios, madres agradecidas, gente común que llamaba para dar las gracias por haber mostrado sus realidades que con cada reportaje no solo removían conciencias, habían despertado la esperanza.

Fue entonces cuando, de manera espontánea, nació un nombre que me acompañaría desde entonces, “Barriomán”, apodo surgido desde el corazón comunal; así me comenzaron a llamar los propios habitantes de los sectores populares, aquellos a los que visitaba con mi libreta y mi micrófono, con el corazón dispuesto a escuchar... “¡Ahí viene Barriomán!”, gritaban los niños al verme llegar, como si se tratara de un héroe cotidiano que no llevaba capa, sino cámara y convicción.

En los pasillos del canal, el apodo se convirtió en una mezcla de cariño y respeto, mis colegas de Canal 11 del Zulia entendieron que ese sobrenombre no era solo un gesto popular, sino un símbolo de lo que significa hacer periodismo desde el alma, con sensibilidad y compromiso.

La dirección del canal también reconoció el impacto de mi trabajo, mis reportajes fueron retransmitidos en varios espacios, y por primera vez sentí que mi voz había logrado impactar y fui reconocido con mi primer Premio de Periodismo, el Premio Canal 11 del Zulia como “Mejor Reportero del Año”, entregado por el recordado Monseñor Roa Pérez, Arzobispo de Maracaibo.

Fue Monseñor Roa Pérez quien también en una ocasión me llegó a decir al oído mientras me encontraba en la sala de edición de noticias del canal... “Hijo mío... pórtate bien que estás molestando mucho a los gobernadores... pero sigue así... cuentas con mi total apoyo y del Canal que dignamente representas.”...

Volteé la cara, le agradecí sus palabras, me bendijo y se despidió de mí... esa fue la última vez que lo vi en vida, ya que al poco tiempo falleció, pero sus palabras quedaron fijadas en mi mente para siempre.

### **Continuando con mi relato...**

En cada barrio que visitaba, me recibían con una sonrisa, con una historia nueva que contar, con la confianza de quien siente que el periodista está de su lado, aprendí que el respeto del pueblo no se compra ni se impone: se gana a fuerza de verdad, humildad y presencia.

Ese reconocimiento popular me impulsó a seguir adelante, a creer aún más en el poder transformador del periodismo solidario. Entendí que “Barriomán” no era solo un apodo, era una identidad, una forma de ser periodista, un compromiso con la gente y con la verdad.

Aquel joven reportero que una vez salió con su micrófono a enfrentar una quebrada encontró en el reflejo de los barrios su verdadera vocación, servir a través de la palabra, informar con el alma y construir esperanza desde la noticia, fue tal el impacto que tuve cubriendo la fuente comunal que, incluso mi hijo recién nacido, Angel Andrés, fue bautizado como “Barrio Voy”.

Me asignaron de manera definitiva la cobertura de la fuente comunal, una tarea que muchos consideraban menor, desgastante, poco glamorosa, pero para mí fue todo lo contrario: era la trinchera desde donde podían escucharse los latidos verdaderos de la sociedad.

Allí estaban las historias que nadie buscaba, la angustia de una madre sin agua potable, la alegría inesperada de un barrio al inaugurar su plaza, el liderazgo callado de quienes nunca pidieron cámaras y, sin embargo, sostenían la vida de la comunidad con sus manos. Yo les daba voz, pero eran ellos quienes me daban propósito.

Con el tiempo, para mi sorpresa, la audiencia empezó a reconocermé, primero tímidamente, luego con una familiaridad que me abrumaba; era extraño sentir que mi rostro se colaba en los hogares zulianos.

Mis palabras llegaban acompañadas del café de las mañanas o del ruido de las cocinas al mediodía, comencé a entender que la responsabilidad ya no era sólo informar, sino también representar un fragmento de esperanza, una certeza mínima dentro del caos cotidiano y fue en ese contexto, exactamente en medio de esa etapa de crecimiento acelerado, cuando ocurrió algo que jamás imaginé.

Recuerdo que fui contactado por una figura que marcaría un antes y un después en mi vida profesional en mis primeros años.

Se trataba del ingeniero Francisco Arrieta, un nombre que en el universo televisivo internacional resonaba con respeto, casi con reverencia, productor audiovisual de grandes proyectos, estratega nato de los formatos televisivos, un hombre que veía la televisión no como pantalla, sino como energía y destino, además, vocalista de la popular agrupación musical conocida como “Quinto Criollo”.

La primera vez que supe que él quería hablar conmigo, pensé que era una broma. ¿Qué podía ver en mí un profesional de semejante nivel? ¿Qué podía interesarle de un joven periodista que apenas empezaba a entender el peso de un micrófono?

Pero sí, la llamada fue real.

Recuerdo perfectamente el tono cálido de su voz, su manera serena de expresar las ideas, como quien tiene la certeza de hablar con alguien que está destinado a crecer. Me dijo que admiraba mi trabajo, que había seguido mi desempeño en Niños Cantores TV y que veía en mí “un brillo distinto”.

Aquel elogio me atravesó, no porque alimentara mi ego, sino porque reafirmaba algo que yo apenas me atrevía a sospechar: que quizás tenía algo verdadero que ofrecer.

En esa primera conversación, Francisco Arrieta hizo algo que nadie había hecho antes, me abrió la puerta a una posibilidad internacional, me habló de la Cadena Telemundo, con sede en Puerto Rico, y me preguntó si alguna vez había considerado dar un salto de ese tamaño.

La sola idea me dejó sin respiración... “Yo... ¿en Telemundo?”

El joven que caminaba por las calles polvorientas de Maracaibo, el que aprendió de la vida hablando con los vecinos, el que sudaba en las ruedas de prensa bajo un sol implacable, ¿podía realmente aspirar a un desafío así?, Por unos días viví en un torbellino de emociones, seducción, vértigo, arrogancia, temor, ilusión, todo junto.

La oferta era una tentación inmensa, una puerta abierta hacia lo desconocido, pero detrás de aquel impulso se levantaba una verdad que pocos conocían, una verdad que yo mismo me descubrí al mirar a mi hijo dormido una noche cualquiera, ese regalo de Dios que acababa de nacer, mi primogénito, mi pequeño universo recién inaugurado y en esa voz suave, en el olor cálido de su piel, estaba inscrita la decisión que no quería admitir.

Yo no podía irme, no quería irme, no por miedo, aunque lo había, sino porque estaba enamorado de mi hijo, profundamente, con ese amor que redefine todas las prioridades.

Aquel bebé me anclaba, me necesitaba, y yo lo necesitaba aún más, era la razón que resonaba en mi pecho con una claridad imposible de ignorar, además, como recién casado debía dar calor conyugal a una relación que se consumó hermosa y mágica con mi esposa Milagro Lourdes.

Recuerdo llamar a Francisco Arrieta a los pocos días de su amable invitación para agradecerle, con una mezcla de gratitud y disculpa que él entendió mejor que nadie, no me juzgó, al contrario, celebró mi sinceridad y aunque colgué el teléfono con una pequeña punzada de nostalgia, en el fondo sabía que había elegido el camino correcto.

No era tiempo de volar lejos, era lapso de abrazar, de criar, de pertenecer, pero la vida tiene una habilidad peculiar para esperar el momento preciso y luego sorprendernos con un giro inesperado.

Años después, cuando pensaba que aquella oportunidad era simplemente un recuerdo enterrado en el pasado, ocurrió algo que transformaría mi visión del mundo para siempre, el viaje a Irak. La invitación llegó del Consulado de Irak en Venezuela, país árabe en plena convulsión política, con Saddam Hussein aún como figura dominante y su sombra extendida sobre todo el territorio.

Fuimos invitados 62 corresponsales extranjeros para presenciar unas elecciones legislativas en la región del Kurdistán, un evento rodeado de tensión, vigilancia y un clima político que podía sentirse en el aire como electricidad, cita internacional donde fuimos en representación de Venezuela 9 periodistas de distintos medios de comunicación del país.

Viajé, con una mezcla de valentía y desconcierto, muchas horas de vuelo saliendo del Aeropuerto Internacional “La Chinita”, en la ciudad de Maracaibo hasta el Aeropuerto

Internacional “Simón Bolívar”, en el estado “La Guaira”, desde donde partimos con una primera escala en la Isla de Martinica y de allí a la ciudad de Paris donde pernoctamos una noche.

Al día siguiente partimos de la ciudad del amor rumbo a Belgrado y de ese país hasta el aeropuerto internacional de Bagdad. No sabía exactamente lo que estaba buscando, pero intuía que aquella experiencia me marcaría. Irak no era un destino común.

En cada paso, en cada mirada, en cada ruina silenciosa, se percibía la historia de un pueblo entero que luchaba por seguir existiendo, hubo momentos en que el sonido lejano de una posible explosión nos recordaba que la realidad era frágil, instantes en que mis ojos se cruzaron con los de un niño kurdo, y entendí que la guerra no se mide en batallas sino en cicatrices.

También hubo noches en las que, mirando el horizonte árido deshaciéndose en líneas rojizas al atardecer, me pregunté por qué había sido yo uno de los convocados, quizás, pensé, era necesario vivir aquello para comprender la dimensión global de la responsabilidad que comencé en un canal pequeño de provincia.

Al regresar, mi mente era un hervidero de imágenes, análisis, sensaciones, sabía que no podía dejar todo eso simplemente en archivos o notas dispersas, tenía que convertirlo en un mensaje y fue así como nació la idea de producir un programa especial, lo pensé y lo llevé a cabo.

Lo titulé “Irak - Irán: La gran Batalla”, un proyecto que buscaba explicar, interpretar y transmitir lo que había visto, más allá de la superficie y las secuelas tras varios años de guerra entre ambos países y fue justamente en esa coyuntura, cuando aún estaba editando mis recuerdos del viaje y dando forma al programa, que ocurrió lo inesperado, Francisco Arrieta volvió a contactarme.

Su voz, otra vez, abrió una puerta que yo no sabía que seguía allí, pero esta vez me dijo que quería presentarme a alguien especial, alguien que podría convertirse en un guía, en un apoyo, en una referencia para mi crecimiento profesional, esa persona fue el licenciado Eduardo Sapene Granier.

Lo conocí una mañana que aún guardo en la memoria como si fuera una fotografía en sepia, me recibió en su oficina en la sede de la División de Información y Opinión de Radio Caracas Televisión, en los Cortijos de Lourdes, en la ciudad capital.

Allí, con gran prestancia profesional estaba sentado frente a mí con esa mezcla de elegancia y humildad que sólo tienen quienes han recorrido el mundo sin perder la sensibilidad.

Fue directo, inteligente, profundamente humano y en aquella conversación inicial, surgió la chispa que cambiaría mi rumbo para siempre, porque de ese primer encuentro, de esa conexión inmediata, nació mi ingreso al equipo periodístico de El Observador.

Yo no lo sabía en ese momento, pero estaba entrando a una nueva era de mi vida, una etapa en la que consolidaría mi carrera, pero también mis principios, mi ética, mi entrega absoluta al periodismo, estaba dando un salto que años antes no había tomado, pero esta vez con la convicción plena de que era el tiempo perfecto, asumiendo el nuevo escenario con la triste y arriesgada decisión de renunciar a Niños Cantores Televisión, la cual oficialice de manera inmediata.

Aquella etapa, esa historia, merecerá un capítulo propio, pero todo comenzó allí, con Francisco Arrieta, con el viaje a Irak, con Eduardo Sapene, con las decisiones que tomé por amor y las que tomé por vocación.

Con ese destino que parecía esperar pacientemente a que yo estuviera listo para dar el gran salto a la pantalla del más emblemático e histórico medio televisivo de Venezuela... Radio Caracas Televisión.

Y finalmente, lo estuve.



## CAPÍTULO IV

### DEL CANTO ZULIANO AL ECO NACIONAL, EL SALTO DECISIVO HACIA RADIO CARACAS TELEVISIÓN

Hablar de mi llegada a Radio Caracas Televisión requiere, antes, regresar de nuevo al punto exacto donde nació en mí el sentido del oficio, mi vida en la televisora regional Niños Cantores, Canal 11 del Zulia.

Aquel canal fue más que un puesto de trabajo; se convirtió en un laboratorio de sueños, un taller donde se forjó el reportero que años después caminaría los pasillos de uno de los medios más influyentes del país.

En Canal 11 me enfrenté por primera vez a la responsabilidad de contar historias con rigor y sensibilidad, allí formé mis primeros vínculos con la realidad social del estado Zulia, descubrí la alegría de producir, grabar, editar, escribir y estar, al mismo tiempo, al frente de una comunidad que esperaba respuestas.

Cada salida al aire era una escuela, cada denuncia, una invitación a ver más allá de la superficie y cada historia que tocaba las puertas del canal me enseñaba lo que después se convertiría en mi brújula profesional, el periodismo es, ante todo, un servicio humano.

Yo aún no lo sabía, pero aquella mezcla de disciplina, creatividad y cercanía con la gente me preparaba silenciosamente para algo mayor. Para un salto, una prueba que pondría en evidencia si lo aprendido en la región podía sostenerse frente a la presión del escenario nacional.

#### **La propuesta que abrió el camino hacia un nuevo horizonte**

Como ocurre con los momentos decisivos, mi salto a RCTV, como lo relaté en el capítulo anterior, no se anunció con bombos ni ceremonias, surgió como una conversación que empezó casual con el Ingeniero Francisco Arrieta, pero que terminó abriéndome una puerta que jamás hubiera imaginado tan pronto.

Sabía lo que significaba El Observador en la vida del país, la magnitud del reto, lo había visto desde mi época siendo aún, estudiante universitario, sentado en la sala de mi casa, mientras el noticiero narraba la historia diaria de Venezuela.

Un día cualquiera, me tocó a mí ser parte de esa historia, amablemente fue recibido y asignado inicialmente en el Departamento de Programas Especiales, donde mi primera jefa, la periodista Lina De Amicis, me brindó la confianza necesaria para demostrar lo que sabía hacer como productor y editor.

Pasé por diferentes roles en mi etapa inicial, ejercí como Periodista Redactor, Jefe de Información (E) y, finalmente, gracias a la apertura y visión del director de Información y Opinión del Canal, el licenciado Eduardo Sapene, asumí el proyecto que yo mismo había propuesto, cubrir

la fuente comunal a través del espacio “Vecinos en Acción”, aquel momento resetearía por completo mi carrera.

Un episodio inolvidable, que vale la pena mencionar en este libro, ocurrió el 3 de enero de 1990 mientras ejercía como Jefe de Información encargado, fue la noche de mi primer gran TUBAZO histórico, la jornada nocturna que cambió el rumor del viento.

La memoria me devuelve con nitidez ese instante, la sala de redacción de Radio Caracas Televisión (RCTV) estaba envuelta en ese aire electrificado que sólo se siente cuando estás en el corazón de un noticiario a punto de salir al aire.

A lo lejos, el ruido de los equipos técnicos del estudio principal de transmisión, el tintineo de los teclados y las voces que se cruzaban en un vaivén frenético eran los ecos de un proceso rutinario, pero con una carga emocional propia del trabajo periodístico, estaba organizando los bloques informativos del noticiario El Observador cuando una llamada interrumpió mi concentración, no recuerdo exactamente la hora, tal vez era tarde, cerca de la hora crítica cuando todo tiene que estar en su lugar y ya la tensión comienza a apoderarse del equipo.

La voz al otro lado de la línea era firme, segura, fue la voz de Mariano Kossowski presidente de la empresa Promar TV, creada en el estado Lara, en la región centro occidental de Venezuela, como una compañía de producción cinematográfica llamada Mariano & Co. registrada a fines de 1949 que posteriormente se convertiría en empresa asociada a RCTV encargada de producir noticias y difundidas por corresponsales de prensa distribuidos por todo el país.

Su voz, más allá de la cortesía de la llamada, sonaba distinta, me pidió, con un tono casi imperceptible de urgencia, que revisara los cables informativos que llegaban del extranjero, algo estaba pasando, y estaba por suceder algo aún más grande.

"Aguilucho" - así me decían en RCTV por mi fanatismo hacia el equipo de Beisbol Profesional Las Águilas del Zulia -, revisa los cables y las imágenes que están llegando por la agencia internacional de noticias Reuters que muestran a las tropas de EEUU capturando en este instante al general Manuel Noriega, conocido como el Hombre Fuerte de Panamá".

Ese nombre retumbó en mi cabeza como una campana de alerta, reaccioné y me ubiqué en el contexto de lo que estaba ocurriendo, el dictador de Panamá, aquel hombre que, por años, había jugado con el destino de su país, que había navegado entre la sombra del poder, el narcotráfico y las alianzas internacionales, estaba siendo trasladado a Estados Unidos donde lo pondrían al frente a la justicia por los crímenes que había cometido, y la noticia, esa noticia que nadie en el mundo pensaba que llegaría a ser tan inminente, pero estaba ocurriendo frente a mis ojos y en ese preciso instante, todo cambió.

Actué rápidamente, casi como si el tiempo se hubiera comprimido y no me diera espacio para pensar en las consecuencias, en la logística, en los protocolos. Sabía que esa noticia no podía

esperar, en los pasillos del canal, el reloj continuaba su marcha, pero para mí, el concepto de tiempo había dejado de existir.

Las imágenes de los militares norteamericanos abordando al general Noriega, sacándolo a la fuerza de su refugio, eran el tipo de historia que todo periodista desea contar, pero que, por alguna razón, siempre parece escapar a la realidad y fue cuando tomé una decisión tajante.

El Observador no saldría grabado a las 10 de la noche, como estaba previsto, para lo cual convoqué a todo el equipo, y tendríamos que ir en vivo al menos en uno de los segmentos de esa noche. Ese era el único camino.

Mi responsabilidad como jefe de información era clara: esa historia debía llegar al pueblo venezolano sin filtros, sin demoras y sin que los demás canales tuvieran la oportunidad de adelantarse. Así, llamé al narrador de noticias Jaime Suárez, ancla histórica del espacio informativo más emblemático de la televisión venezolana, y le comuniqué mi decisión.

"Jaime, debemos salir en vivo; este es un momento histórico y lo necesitamos informar al instante a todo el país, ya que Panamá está viviendo un cambio radical y no podemos perder la oportunidad de dar esta primicia a nivel nacional."

El tiempo se hizo más espeso mientras en cuestión de minutos se organizaban los últimos detalles, las imágenes iban llegando con una rapidez asombrosa, y el equipo de cámaras y técnicos en el estudio principal trabajaba con la eficiencia de un reloj suizo, no había espacio para dudas ni para titubeos, este episodio no era un simple informe, era un Tubazo de esos que definen el rumbo de un noticiero, que dejan huella en la memoria colectiva de un país, sabía que esa noche, RCTV marcaría la diferencia y por ende, yo también.

El control maestro estaba en mis manos, pero en mi mente resonaba el agradecimiento por la confianza que me había brindado Mariano Kossowski, sin su llamada y rápida advertencia, la historia no habría llegado a tiempo. Al terminar la transmisión, una emoción indescriptible se apoderó de mí, sentí una mezcla de adrenalina, orgullo y satisfacción, porque no solo habíamos informado al país de una noticia de alcance mundial, sino que, en un acto casi instintivo, habíamos ganado la carrera contra el tiempo y contra los otros medios de comunicación de Venezuela.

En ese instante, el teléfono volvió a sonar, esta vez, era el licenciado Eduardo Sapene, al otro lado de la línea, su voz sonaba satisfecha, como si hubiera presenciado una jugada maestra en un partido de ajedrez.

"Angel, felicidades... hiciste lo que tenías que hacer... no me equivoqué en elegirte para ser nuestro Jefe de Información encargado". La satisfacción de recibir esa validación de parte de mi mentor y Jefe en RCTV fue, sin duda, fue el toque final de una noche histórica.

Agradecí profundamente el haber sido parte de ese equipo, de esa decisión que cambió el destino de un noticiario y que, en última instancia, marcó una diferencia en el corazón de la audiencia.

Esa noche, RCTV no solo había sido un canal de televisión, había sido el canal de la información precisa, de la primicia que, como pocas veces, define a un medio de comunicación en su relación con el país y esa experiencia quedó grabada en mi memoria como un capítulo fundamental de mi carrera y de mi vida.

Lo que había comenzado como una tarea rutinaria de organización informativa se transformó en una de las noches más inolvidables de mi paso por RCTV, fue en esa coyuntura que supe que, en la vida, hay momentos que se nos escapan, pero es en particular no fue uno de esos ya que fue un tubazo histórico que me permitió ser testigo y protagonista de un acontecimiento que hizo historia inolvidable para mí.

Con los meses cambié de rumbo. Mi ingreso formal a El Observador, como reportero, fue informando para el Noticiario en su Emisión Vespertina, un terremoto interno, me encontraba frente al espacio informativo más emblemático del país, y no como un espectador, sino como parte de su maquinaria.

El ritmo era frenético, casi brutal, teléfonos sonando, reporteros entrando y saliendo, editores corriendo contra el reloj, productores ajustando guiones a último minuto y ahí estaba yo, el joven reportero formado en los barrios del Zulia, con la cámara como aliada y el corazón como brújula, intentando comprenderlo todo y al mismo tiempo actuar con precisión quirúrgica.

Era un salto enorme, un desafío que ponía a prueba no solo mis capacidades, sino mi temple, mi ética, mi resistencia emocional y, sobre todo, mi fe en el periodismo como servicio a la gente, sin embargo, en vez de intimidarme, ese ambiente me despertó.

El vértigo, la responsabilidad, la adrenalina: todo se convirtió en el impulso necesario para crecer, y lo hice rápido, informando, vía micro onda, durante 15 minutos, en vivo para todo el país, desde una comunidad pautada. Era el reto a asumir.

Tuve el honor de compartir pantalla con grandes reporteros que con el tiempo llegaron a ser verdaderos amigos tanto en lo profesional como en lo personal, con especial estima recuerdo mis vivencias compartidas al lado de colegas de trayectoria exitosa en la televisión venezolana como lo fueron Alba Cecilia Mujica, Begoña Carabaño, Orlando Martínez, Sergio Novelli, Samuel Belilti, Vilma Monroy, Pedro Beomón, María Isabel Arriaga, entre otros.

## **“Vecinos en Acción”, regresar a la esencia, esta vez con una audiencia que abraza a la Nación venezolana**

Cuando el licenciado Eduardo Sapene me asignó la producción y reportería de “Vecinos en Acción”, sentí que el destino me regresaba al punto donde todo había comenzado, pero con un alcance infinitamente mayor.

Volví a ser el reportero de las comunidades, el que escuchaba, el que llegaba primero y se iba de último del canal, el que se internaba en zonas de riesgo sin medir la distancia ni el peligro, el que sabía que detrás de cada denuncia había una vida detenida, una urgencia silenciosa, una esperanza a punto de quebrarse.

Fue entonces cuando comencé a cerrar mis noticias con una frase que terminaría convirtiéndose en parte de mi identidad profesional... “Desde otro rincón olvidado de la otra Venezuela, reportó Angel Perozo, para Vecinos en Acción.”

Esta frase era más que un sello, era una declaración, un recordatorio de que existe un país que no sale en las portadas, un país que espera ser visto.

### **Coberturas informativas que trascienden el instante y permanecen imborrables en el tiempo**

Las cámaras de El Observador fueron testigo, a mi lado, de tragedias que aún hoy llevo en la memoria, barrios enteros bajo el agua por las lluvias, deslizamientos que arrastraban casas como si fueran de papel, incendios que devoraban en minutos el trabajo de toda una vida, desalojos que rompían la rutina de familias completas, zonas en el estado Miranda donde el olvido parecía una condena permanente, la angustia colectiva de Caracas cuando una emergencia paralizaba la ciudad capital del país.

No sé cuántas veces tuve que respirar profundo para mantener la voz firme mientras la cámara grababa; no sé cuántas veces el llanto de una madre o el silencio de un anciano me atravesaron como un puñal invisible, pero sí sé que cada cobertura fue una lección de vida, de humanidad y, sobre todo, una lección de periodismo.

### **Entre el dolor de la tragedia y el aliento de la esperanza, el reportero construye el puente de la esperanza**

Como reportero comunitario entendí que mi labor no se limitaba a mostrar la tragedia, era necesario mostrar también lo que podía surgir de ella: ayuda, solidaridad, soluciones, por eso, en cada transmisión, mi objetivo no era únicamente narrar, era movilizar y sensibilizar para provocar una respuesta, abrir un camino entre la comunidad y las instituciones.

Muchas veces, tras salir al aire, llegaban cisternas de agua a un sector que llevaba semanas sin servicio en otras, un incendio encontraba apoyo inmediato de organizaciones que habían visto el reportaje.

En más de una ocasión, autoridades locales llamaron para pedir datos precisos sobre la familia afectada que aparecía en pantalla, ahí entendí el verdadero poder de la televisión, no el de influir, sino el de conectar, mi adaptación al periodismo nacional fue rápida, casi instintiva y ese proceso, lejos de alejarme de mis raíces, me reafirmó en ellas.

La audiencia nacional comenzó a verme como algo más que un reportero; me veían como un aliado, un puente, un amigo que recorría el país en su nombre.

Mis colegas también reconocieron en mí esa mezcla de rigor y sensibilidad que había comenzado a forjarse en el Zulia; la redacción se convirtió en una segunda casa y, en ella, mi voz comenzó a tener peso en la pauta diaria.

Ese respeto no nació de la perfección, sino del compromiso, de la constancia, de estar donde nadie quería estar, de contar lo que muchos preferían ignorar, el compromiso que se renovaba cada día

Con el crecimiento profesional llegó también un crecimiento interior; me di cuenta de que, aunque había cambiado de escenario, el propósito seguía intacto: darle voz a quienes no la tienen.

Razoné que mi papel no era el de un héroe ni el de un salvador, era el de un narrador responsable, un testigo incómodo, un reflejo honesto de una realidad que muchas veces se intenta esconder.

Con cada noticia, remozaba mi promesa personal al mostrar la verdad sin adornos, sin maquillaje, sin miedos; ese ha sido siempre mi norte y cada vez que pronunciaba mi frase final “Desde otro rincón olvidado de la otra Venezuela”, me recordaba a mí mismo que el periodismo que vale la pena es el que nace desde la empatía y se ejerce desde la conciencia.

Aprendí que el periodismo puede ser un altavoz, sí, pero también puede ser un abrazo, que puede denunciar, pero también puede sanar, que puede revelar lágrimas, pero también puede convocar manos solidarias.

Mi paso por Vecinos en Acción no solo marcó mi carrera, marcó mi vida, mi carácter y mi sentido de propósito, si tuviera que resumir lo aprendido en una sola frase, sería esta: “El periodismo se ejerce con técnica, pero solo trasciende cuando se ejerce con el alma”.

De esa etapa fueron muchos los episodios que tuve que afrontar, pero 3 sellaron mi existencia como reportero de la fuente comunal, coberturas periodísticas que marcaron mi destino y que plasmé en mi primer libro al que titulé: “El Periodismo en los Rincones Olvidados de la Otra Venezuela”, en honor a mi lema para cerrar cada uno de mis reportajes diarios.

Este esfuerzo editorial fue reconocido con el Premio Nacional de Periodismo “Monseñor Pellín”, distinción que aún preservo junto a otros muchos galardones regionales y nacionales en mi estantería de reconocimientos y logros obtenidos como reportero de televisión en mis años de ejercicio profesional.

He aquí las reseñas de las 3 historias que realmente me impactaron en plena cobertura informativa.

### **Los Niños Zamuros de desperdicios, la infancia forjada en el infierno del basurero**

Era una tarde cálida, pero la ciudad de Caracas nunca fue cálida en el sentido más humano de la palabra. Las sombras, que se alargaban desde los callejones hacia las aceras agrietadas, estaban impregnadas por un calor insoportable, la cámara se encendió, y, como cada vez que salía a reportear, el latido del corazón me retumbaba en el pecho, sabía lo que iba a encontrar, pero nunca podría acostumbrarme.

La primera vez que vi a un niño hurgando entre los desperdicios, pensé que era un sueño, un mal sueño que se iría con la luz del día. Estaba equivocado, aquello era tan real como la indiferencia de una sociedad que, de alguna manera, había normalizado la pobreza extrema.

Los niños que encontré en el vertedero de La Yaguara, un sector periférico de la ciudad, no solo recogían lo que los demás tiraban, sino que lo hacían con una destreza y rapidez que solo los “zamuros” pueden tener.

Los llamaban “zamuros de desperdicios” por la forma en que se movían entre los montones de basura, veloces, al acecho, buscando algo que llevarse a la boca, algo que pudiera mitigar el hambre que, parecía, nunca se les iba.

Niños, algunos de ellos sin zapatos, sin ropa, cubiertos de tierra, que no conocían otra vida que la de sobrevivir entre los restos de los demás, la vergüenza de la ciudad no era que los veían, la cortedad era que ni siquiera les prestaban atención.

“Esto es lo único que sabemos hacer. Buscamos comida, no nos importa lo que sea, siempre hay algo que comer en la basura”, me decía uno de los niños, un chico de no más de 10 años, con la cara marcada por las cicatrices de la pobreza.

Mi mente luchaba por comprender la magnitud de lo que estaba escuchando, pero lo peor llegó cuando una niña pequeña, de unos seis años, levantó la vista mientras tomaba un trozo de pan con moho, su mirada no era solo de hambre; era una mirada vacía, una mirada que había perdido la inocencia, aquella mirada me atravesó el alma.

Reportar esto para Vecinos en Acción fue una necesidad, no solo como periodista, sino como ser humano.

Nadie debería vivir así, nadie, especialmente los niños, debería ser etiquetado como “zamuros de desperdicios”, sin embargo, cada vez que el equipo de El Observador regresaba a ese basurero, era como si volviéramos a un campo de concentración, a nadie parecía importarle.

La indignación al aire, las estadísticas y los relatos de otras víctimas solo lograban una cosa: que las voces de esos niños quedaran en el olvido, ahogadas por el bullicio de la vida cotidiana. A

pesar del reportaje difundido, no hubo cambios, no hubo ayuda, solo más niños desmoronándose en el basurero.

### **Sombras de dolor, los abusos infantiles y la violencia que nunca debe callarse**

Era imposible no escuchar el eco de los gritos de desesperación cuando entramos al barrio de Petare, una de las zonas más golpeadas por la pobreza en Caracas, allí, en medio de las casas de paredes rotas y techos a medio construir, la violencia no solo era un fenómeno aislado: era la estructura sobre la que muchos basaban su vida.

Durante semanas, nos infiltramos en las comunidades, recogiendo historias desgarradoras sobre abusos de menores y violencia doméstica.

Las mujeres, con ojos cansados y cuerpos marcados por el maltrato, nos narraban cómo los golpes de sus esposos y parejas, la indiferencia de las autoridades y el temor constante al agresor eran su pan de cada día, pero lo que más nos sacudió fue el testimonio de una madre que, entre sollozos, nos relató cómo su hija había sido víctima de abuso por parte de su propio padre.

La niña, una pequeña de siete años, había llegado a la escuela cubierta de moretones, sus profesores, alarmados, habían alertado a los servicios sociales, pero cuando llegaron a la casa, fue demasiado tarde.

“Es que no sé qué hacer, ya no sé si pedir ayuda o callarme, porque lo que peor me puede pasar es que él me mate si le cuento a alguien”, me decía entre sollozos la madre, mientras su hija, sentada a su lado, no entendía por qué su vida se había vuelto tan amarga, tan llena de dolor.

Los casos de maltrato infantil eran una constante en todos los sectores populares del Distrito Capital y Miranda, la pobreza no solo alimentaba el hambre, también alimentaba la violencia en las casas, donde los gritos y las lágrimas de los niños eran ignorados, sumidos en el silencio.

El reporte que hicimos sobre esos abusos se convirtió en un grito desesperado de denuncia. Pero, como tantas veces, las voces se desvanecieron rápidamente.

Mi rol como reportero se había convertido en una rutina, documentar la desesperanza, entrevistar a las víctimas, transmitir el horror de lo que sucedía, pero todo quedaba ahí.

Los cambios eran mínimos, si es que los había, las víctimas seguían allí, esperando que alguien hiciera algo por ellas, mientras la ciudad, indiferente, seguía su marcha.

### **Los Vikingos de la Noche, almas errantes en el infierno de los durmientes bajo el puente**

Pero el episodio que más marcó mi vida fue el de los llamados “Vikingos de la Noche”. Los conocí una noche fría, en uno de esos puentes que cruzan la autopista Francisco Fajardo, el corazón de la ciudad, en esos lugares, bajo las sombras de la noche, cientos de personas se habían instalado como si fueran parte de una tribu olvidada, durmiendo en colchones rotos, pedazos de cartón, y ropas rasgadas.

No tenían nada, absolutamente nada y, sin embargo, todos ellos tenían una historia, una historia trágica que contar.

Entre ellos, conocí a Antonio, un hombre de 48 años que, tras perder su trabajo en una empresa estatal y ver cómo su vida se desmoronaba, terminó viviendo bajo ese puente, junto con otros como él, un ser humano que no solo vivía en la calle, sino que había dejado atrás a una familia y ahora enfrentaba las noches solitarias como una condena.

"Antes tenía todo, pero cuando te quitan hasta las ganas de vivir, la calle es lo único que te queda", me dijo mientras sus ojos se perdían en el horizonte.

Esa noche, bajo el frío de la ciudad, Antonio me reveló lo que muchos no entendían: la calle no era un refugio, sino un espacio de olvido.

Los llamados "Vikingos de la Noche" eran hombres, mujeres y niños que, con el paso de los años, se habían convertido en un reflejo de la indiferencia de la sociedad; ninguno de ellos esperaba ser rescatado, muchos ni siquiera sabían ya qué esperar, simplemente vivían para sobrevivir.

A medida que caminaba por sus hogares improvisados, escuchaba historias de abandono, de huida, de desesperanza, sus vidas habían sido robadas por la violencia social, la inseguridad, la pobreza y la falta de oportunidades. Cada uno de esos hombres y mujeres, al igual que los niños del basurero, era una víctima de un sistema que no se había detenido a escuchar sus gritos.

Las interacciones que mantuvimos fueron profundamente humanas y a pesar de la tragedia que vivían, y en algún punto, esos rostros marcados por el sufrimiento dejaron de ser números en una estadística y se convirtieron en personas, seres humanos con historias que merecían ser escuchadas.

### **El oficio que se transforma en destino, huella imborrable de una pasión eterna**

La televisión me enseñó que informar no es solo hablar frente a una cámara, sino conectar con el país entero, cada rostro frente al televisor merecía respeto, cada palabra debía tener propósito.

Aprendí a valorar el poder de la imagen, pero también su peligro, lo que se muestra y lo que se omite pueden cambiar percepciones, construir o destruir realidades, por eso, el periodista debe tener siempre un equilibrio entre la pasión y la prudencia.

En El Observador entendí la dimensión del compromiso público, no era solo Angel Perozo frente a una cámara; era la voz de una comunidad, el reflejo de una nación.

Esa conciencia me acompañó siempre, ser periodista, en un país que atraviesa crisis y transformaciones, exige no solo talento, sino coraje y hay momentos en que informar es un acto de resistencia, y otros en que es un gesto de fe.

Fueron años intensos, la presión era alta, pero también la satisfacción, cada transmisión en vivo, cada entrevista lograda, cada nota completada a contra reloj reforzaba mi amor por la profesión.

RCTV se convirtió en mi segunda escuela, una cátedra práctica donde aprendí lo que no enseñan los libros, el pulso real de los medios, la importancia del trabajo en equipo y el valor de mantener la integridad incluso cuando soplan vientos adversos.

El escenario estaba nuevamente dispuesto para continuar ejerciendo el periodismo, esta vez desde otra perspectiva comunicacional, pero con el mismo compromiso ético y humano que siempre ha guiado mi vida; ejercer el Periodismo Empresarial en la Empresa Pequiven, filial de Petróleos de Venezuela.

Desprenderme de mi casa, Radio Caracas Televisión, no fue nada fácil, tal como ocurrió cuando decidí salir de Niños Cantores Televisión y fue así como decidido y con muchas expectativas inicié un nuevo recorrido en mi periplo profesional, esta vez, en la industria petroquímica.

# CAPÍTULO V

## EL PERIODISTA QUE EMERGIÓ DEL PULSO VIVO DE LA INDUSTRIA PETROQUÍMICA

Nunca imaginé que mi carrera periodística, inicialmente anclada en la calle, en la noticia inmediata y en el pulso vibrante de los acontecimientos diarios, encontraría una de sus etapas más profundas y determinantes en el interior de una industria petroquímica.

Mi llegada a Pequiven, filial de Petróleos de Venezuela, no solo significó un cambio laboral, fue una escuela, una revelación y, sobre todo, el origen de una vocación que me acompañaría para siempre.

También fue el preludio de una nueva historia paternal. En ese año nació mi segundo sol de existencia. Mi hijo menor, Andrés Eduardo. Un motivo de amor que me inspiró a ser exitoso en el nuevo escenario laboral en Pequiven, en el complejo petroquímico asentado en Morón, municipio Juan José Mora, en el Eje Norte Costero que une los estados Carabobo y Falcón.

Ingresé a la empresa como Supervisor de Comunicaciones, un cargo que requería equilibrio, precisión y sensibilidad para traducir el mundo industrial al lenguaje ciudadano, lo que en un principio asumí como un desafío profesional terminó transformándose en un modo distinto de entender la comunicación.

Allí, entre plantas de producción, válvulas, tuberías, control de procesos y protocolos de seguridad, descubrí dimensiones de mi profesión que jamás había imaginado.

Ese período marcó mi vida, no exagero cuando digo que en esas instalaciones nació una inquietud que se convertiría en misión: formar a comunicadores capaces de enfrentar escenarios críticos con sentido común y herramientas preventivas, especialmente en el estado Carabobo y luego en todo el país.

De aquel escenario casi cinematográfico de ruido industrial, alarmas, turnos operativos y reuniones de análisis, surgieron tres libros que hasta hoy han guiado a cientos de profesionales:

Las Comunicaciones Estratégicas en Situaciones de Emergencia Industrial, El Alerta y El Comunicador Socorrista: Sentido Común y Actitud Resiliente, este último difundido como E-Book por una prestigiosa editorial española, pero como toda historia significativa, la mía en la empresa Pequiven tiene raíces, descubrimientos, aprendizajes y afectos que vale la pena contar.

### **Un periodista frente al pulso implacable del territorio industrial**

Cuando recibí la propuesta para incorporarme a Pequiven, entendí que la comunicación institucional era un camino posible dentro del periodismo, pero desconocía la profundidad y seriedad que implicaba trabajar en una industria.

Aquellas instalaciones no eran una simple planta, eran un organismo vivo, pulsante, donde cada proceso químico se relacionaba con otros en una cadena milimétrica.

El primer día que recorrí la planta con casco, lentes, botas de seguridad y tapa oídos, comprendí que estaba ante un mundo nuevo, el ruido constante me recordaba que aquel no era un espacio para improvisar.

Había normas, riesgos y controles estrictos; el olor característico del amoníaco o del ácido nítrico no era casual: era parte del ADN de la empresa y para comunicar sobre sus procesos yo debía comprenderlos.

Pronto me percaté de que mi formación periodística era sólida, sí, pero insuficiente para aquel ambiente, era como aprender un nuevo idioma, el lenguaje petroquímico, cargado de siglas, nombres científicos y pasos operativos, me acostumbré a llevar una libreta especial para anotar términos, diagramas, explicaciones de ingenieros y operadores.

Preguntaba sin descanso, cruzaba datos, contrastaba información, no podía permitir que un boletín institucional cayera en imprecisiones técnicas, porque de esa precisión dependía la credibilidad de la organización, fue un choque inicial, pero también una fascinación, sentí que mi profesión estaba evolucionando frente a mí.

### **Adaptarse al mundo de los fertilizantes, donde la tierra y la industria se encuentran**

La naturaleza de Pequiven exigía comprender cómo se producían y para qué servían sus fertilizantes, insumos esenciales para la agricultura venezolana.

Hasta entonces, mis conocimientos sobre el campo se limitaban a la visión cotidiana del venezolano promedio, el paisaje, los cultivos, la cosecha, pero al sumergirme en el área de fertilizantes entendí algo crucial: la petroquímica también siembra productividad, alimentos, esperanza agrícola, aunque la opinión pública la etiqueta como una empresa contaminante.

Mi trabajo consistía en convertir procesos complejos en información comprensible para productores, distribuidores, periodistas y medios regionales, por lo que tuve que aprender a explicar cómo la urea podía impactar en la calidad del maíz, cómo las mezclas del Nitrógeno, Fosforo y el Potasio (NPK) impulsaban el rendimiento de los cultivos, cómo los productos derivados del amoníaco eran vitales para la alimentación del país.

Escribir sobre el mundo petroquímico, en especial, el relativo al área de producción y ventas de fertilizantes para el mercado nacional e internacional se convirtió en un ejercicio intelectual estimulante, pero también en un aprendizaje humano.

Conecté con agricultores, técnicos de campo y especialistas y descubrí la cadena productiva más allá de la planta, entendiendo cómo la petroquímica podía transformar realidades agrícolas, fue un período de adaptación, sí, pero también de expansión personal; el periodista dentro de mí se hizo más completo, más curioso, más consciente del impacto de las palabras en la sociedad.

## **El nacimiento de mi inquietud preventiva, chispa que encendió la llama de la previsión**

En medio de ese proceso, hubo un instante o quizás una suma de instantes en que comprendí la fragilidad del comunicador cuando enfrenta situaciones de alto riesgo industrial.

Vi colegas ingresar a zonas operativas sin los equipos adecuados, observé improvisación en emergencias simuladas, escuché relatos de periodistas que cubrían incidentes industriales sin ninguna noción sobre sustancias químicas, distancias seguras o protocolos de evacuación y ese descubrimiento me estremeció.

Los comunicadores solemos perseguir la noticia, a veces sin medir las consecuencias. Pero en un ambiente industrial, un segundo de descuido puede cambiarlo todo, lo supe desde el principio, y decidí no ignorarlo.

En ese contexto nació mi inquietud para formar a los comunicadores del estado Carabobo y del país en herramientas preventivas, regidas por el sentido común aplicado al riesgo, en conocimiento básico de áreas operativas, en acciones inteligentes que protegen la vida sin detener la labor informativa.

Mi reflexión fue simple pero contundente, la comunicación no puede ponerse por encima de la seguridad personal y ninguna noticia vale una vida y así comenzó a gestarse la idea que más tarde daría vida a varios de mis libros asociados al área preventiva.

No tardé en darme cuenta de que existía un vacío enorme en la formación de comunicadores respecto a emergencias industriales, quienes en su mayoría nunca habían recibido instrucción sobre riesgos químicos, evacuación, primeros auxilios, lectura de señales de seguridad o comportamiento en planta para dar cobertura informativa con criterios preventivos.

Ese vacío podía costar vidas y fue así como me obsesioné en entender los protocolos de seguridad industrial, participar en charlas, simulacros y análisis de riesgo.

Mientras más aprendía, más claro me quedaba que la comunicación tenía que evolucionar, asumir un papel preventivo, convertirse en un aliado de la seguridad, no en un riesgo agregado, y fue entonces cuando comencé a escribir sobre el tema.

Mis textos nacieron de madrugadas de reflexión, de observación directa, de conversaciones con operadores, bomberos industriales, ingenieros y especialistas en seguridad, no quería teorías ajenas, pretendía ofrecer herramientas reales para comunicadores que podían enfrentarse a escenarios críticos cualquier día.

Así surgió una línea editorial que hoy considero uno de los aportes más significativos de mi trayectoria, tres libros que marcaron el camino.

## **Las Comunicaciones Estratégicas en Situaciones de Emergencia Industrial**

El primer libro fue un compendio de estrategias para comunicar de manera responsable durante emergencias tecnológicas.

Su objetivo era simple, evitar que la improvisación se convirtiera en peligro. Ofrecía principios, tácticas, recomendaciones y análisis basados en la experiencia vivida dentro de la industria.

### **En Alerta**

El segundo texto profundizó en la actitud necesaria para anticipar riesgos. Hablar de “estar alerta” implicaba un estado mental frente a los eventos adversos naturales, observar lo que otros no ven, detectar señales tempranas, comprender el entorno y actuar con inteligencia operativa. Fue un libro más reflexivo, más introspectivo, pero igual de necesario.

### **El Comunicador Socorrista: Sentido Común y Actitud Resiliente**

Este tercer libro, publicado en formato digital por una prestigiosa editorial española, consolidó la visión completa del comunicador preventivo: un profesional capaz de informar sin exponerse, de actuar sin temer, de comprender sin subestimar el riesgo. En esta investigación englobe varios años de aprendizaje, convicción y práctica. Cada uno de estos libros representa un pedazo del camino que inicié en Pequiven, un legado para las futuras generaciones de comunicadores del país.

### **Manuel Barreto, sociólogo y compañero de viaje, brújula intelectual en la travesía compartida**

Ninguna historia es completa sin los seres humanos que nos acompañan en ella. Y en esa etapa de mi vida profesional tuve el privilegio de contar con un aliado, un amigo y un hermano de la vida: el sociólogo Manuel Barreto.

Con Manuel compartí debates interminables sobre la responsabilidad del comunicador, el rol social de la industria y la naturaleza humana en contextos de crisis, tenía una capacidad admirable para interpretar comportamientos, comprender dinámicas colectivas y aportar una visión sociológica imprescindible para complementar mis ideas preventivas.

Sus análisis y consejos, como sociólogo y gran intelectual filosófico, fueron fundamentales para el desarrollo de mis proyectos.

Juntos exploramos la comunicación desde perspectivas que pocos se atrevían a considerar, al punto de triangular la visión psicológica, la social, la comunitaria, la ética al punto de que en muchas ocasiones fueron sus comentarios los que afinaron mi enfoque analítico y dieron forma definitiva a mis propuestas que me estimularon a escribir con más profundidad sobre tan apasionante tema.

La vida nos regaló una amistad sólida, construida entre la seriedad del trabajo y la complicidad de las conversaciones honestas y hasta hoy en día, lo considero uno de esos seres que llegan en el momento preciso para impulsar un destino. Mirando en retrospectiva, puedo afirmar que mi experiencia como Supervisor de Comunicaciones en Pequiven fue una de las etapas más ricas y transformadoras de mi trayectoria profesional.

En ese rol descubrí el poder de la prevención, el valor del conocimiento técnico, la importancia de la seguridad industrial y la relevancia social de informar con responsabilidad.

Ese tiempo me otorgó una nueva manera de entender el periodismo, una pasión por la docencia y la formación preventiva, una disciplina que marcó mi estilo profesional, una sensibilidad especial hacia los riesgos y una conciencia profunda de la responsabilidad que cargamos quienes trabajamos con la información.

Fue un período de crecimiento personal y profesional que dejó raíces profundas, las plantas, los operadores, el olor a químicos, los simulacros y los procesos operativos se convirtieron en parte de mi historia, a través de ellos descubrí que el periodismo no es solo narrar hechos, es también proteger, guiar, educar y contribuir a la seguridad de quienes reciben la información.

En Pequiven no solo aprendí un oficio distinto; me descubrí a mí mismo como un comunicador con misión, con una causa que hoy defiendo con más convicción que nunca: la comunicación preventiva como herramienta para preservar la vida.

Mi pasantía por Pequiven fue y sigue siendo una de las mayores lecciones de mi existencia profesional hasta que resolví renunciar tras casi 8 años de labores profesionales en esta prestigiosa empresa, decisión que acarreó un impacto devastador en mi vida, conllevando un ciclo de incertidumbres: el desandar del camino



# CAPÍTULO VI

## EL DESANDAR DEL CAMINO, LA RUTA DE RETORNO DÓNDE PASADO Y PRESENTE SE ENCUENTRAN

Definitivamente, y hoy en día lo reconozco, renunciar a Pequiven después de ocho años de labores fue una decisión que jamás imaginé que marcaría mi vida con tanta fuerza.

Ocho años pueden parecer un simple tramo del calendario para otros, pero para mí fueron un pilar, un punto de referencia, una estructura donde se sostenía gran parte de lo que creía ser.

Cuando firmé aquella renuncia, lo hice pensando que avanzaba, que abría un nuevo capítulo, que la libertad profesional me impulsaría hacia horizontes más amplios, no sabía que, en realidad, me aproximaba a una etapa oscura, una de esas en las que el alma queda expuesta, vulnerable, sin brújula y sin camino.

Las primeras semanas tras dejar la empresa estuvieron cargadas de una extraña sensación de ingravidez; uno cree que está preparado para cerrar ciclos, pero nadie te advierte del vértigo que produce quedarte sin la rutina, sin los compañeros, sin el sentido de pertenencia, sin un piso económico con el cual seguir avanzando.

Estaba acostumbrado al movimiento interno de la industria, a la responsabilidad, a los proyectos, todo eso se volvió un eco distante y fue allí cuando comenzaron a asomarse los primeros signos de tristeza, pequeños al principio, tibios, como susurros que uno intenta ignorar, pero la angustia es paciente, espera, crece, se expande, y cuando menos lo imaginas, ocupa todos los rincones.

A esa carga emocional se sumaron los desaciertos, esos que aparecen cuando la razón se nubla y las decisiones se toman desde la angustia; no tardé en sentir que mi vida personal comenzaba a desmoronarse: el divorcio llegó como un golpe seco, inesperado y devastador, un quiebre abrupto que me arrancó de cuajo de mis dos grandes amores, mis dos hijos.

Recuerdo esos días como un largo túnel sin luces, un estado de suspensión donde el tiempo avanzaba, pero yo no, verme separado de ellos, perder su cotidianidad, sus risas, la magia de acompañarlos en su crecimiento, su amor cerca de mí como suspiros del alma, ese dolor fue, y aún es, una de las heridas más profundas de mi existencia.

Esa etapa no solo me rompió emocionalmente; también me hizo perder el norte profesional y personal, fue como si la brújula interna que siempre me guiaba se hubiese quebrado en mil pedazos, me sentía caminando entre ruinas, tratando de encontrar señales que indicaran un nuevo rumbo, nada parecía suficiente, nada tenía sentido, también me veía a mí mismo involucionando, retrocediendo en senderos que, hasta ese momento, creía superados y en cada paso, un pensamiento me perseguía... “¿Cómo llegué hasta aquí?”.

Aún hoy, muchos de esos errores los lamento con dolor, pero la vida tiene su propia narrativa, una que a veces se escribe con tinta de sombra para que uno aprenda a leer la luz y separarme del amor de mi vida fue aterrador y angustiante, aun asumiendo errores y tratando de enderezar el rumbo no fue suficiente.

En medio de esa oscuridad, aparecieron manos amigas, gente que, sin saberlo del todo, se convirtieron en puentes hacia una nueva etapa, fueron ellos, ángeles en el camino, quienes me reinsertaron, poco a poco, en el sendero que más amaba, la comunicación social.

Gracias a esos contactos, mi primer respiro profesional surgió en un entorno que jamás imaginé, la docencia. Sin previo aviso, la vida me ofreció un regalo inesperado, un destino que se cruzó en mis momentos de mayor incertidumbre y fragilidad interna.

En esos días de inseguridad, un impulso inexplicable me llevó a la plaza Prebo, muy cerca de mi hogar en ese entonces, era un rincón donde la calma parecía ser un lujo distante, y, sin embargo, ese día, encontré algo que cambiaría mi vida para siempre.

Recuerdo con claridad cómo me senté en uno de sus bancos, sumido en mis pensamientos, buscando respuestas que no llegaban, fue entonces cuando un hombre de avanzada edad se acercó a mí, su mirada, intensa y profunda, irradiaba una serenidad inquebrantable, con una suavidad inesperada, me preguntó, al verme tan aislado, lo que me afligía, confieso, que, ante esa pregunta, sentí como si toda la tensión acumulada se deshiciera en un instante, me desahugué ante él, como si lo conociera de toda la vida, me escuchaba en absoluto silencio, sin juzgar, con una paz que, en ese momento, era todo lo que necesitaba.

Cuando finalmente concluí mi relato, me miró fijamente con una claridad que me atravesó el alma.

“Siento que usted es un gran hombre”, me dijo en tono grave pero cálido, “pero está muy alejado de Dios, pídale mucho y abríguese con mucha fe en Él, nuestro Creador, créame, Él lo escuchará y le brindará su apoyo.” Al terminar, bajé la mirada, y por un momento, sentí una tranquilidad profunda que no había experimentado en mucho tiempo. Al levantar la cabeza para agradecerle, ya no estaba, miré a mi alrededor, busqué en cada rincón de la plaza, pero no lo encontré, su presencia había desaparecido tan misteriosamente como había llegado.

En ese instante, una sensación extraña se apoderó de mí, pensé, casi como un susurro del corazón: “Definitivamente, fue un Ángel enviado por Dios” y hasta el día de hoy, sigo creyendo que así fue.

Salí de allí con una fuerza renovada, como si una luz invisible me guiara, regresé a mi hogar con una energía que ni yo mismo comprendía bien, las palabras de aquel misterioso mensajero de Dios resonaban en mi mente, y comenzó a crecer en mí una determinación que no había sentido antes y fue en ese momento cuando, con renovada fe, empecé a buscar activamente posibles escenarios de trabajo.

Casi inmediatamente, uno de mis primeros intentos tuvo éxito; se abrieron las puertas en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Bicentenario de Aragua gracias a la recomendación de mi colega y amigo, el profesor Mauricio Vanegas.

Recuerdo claramente mi primera entrada al aula: un espacio lleno de estudiantes expectantes, jóvenes con miradas llenas de esperanza y preguntas, como si esperaran que yo tuviera todas las respuestas, aunque en ese momento, ni siquiera las tenía para mí mismo.

Pero algo increíble aconteció.

Ese espacio, esa interacción con ellos, me devolvió algo que creía perdido; la capacidad de aportar, de compartir, de ser útil y más importante aún, me devolvió la fe en mí mismo, en mis capacidades, en mi propósito.

La docencia se convirtió, no solo en un trabajo, sino en una terapia que me sanó y me transformó. A través de cada clase, de cada estudiante que compartió su inquietud, fui reconociendo que, en ese acto de enseñar, también estaba aprendiendo. Aprendí a creer, nuevamente, en mi potencial y a sentirme, por fin, en el lugar correcto.

Al poco tiempo surgió otra coyuntura laboral impensada, pertenecer a la flamante Universidad Arturo Michelena (UAM), una institución nueva, llena de entusiasmo y con una visión fresca, allí no solo fui docente, sino que me confiaron el cargo de Coordinador Académico de la escuela de Comunicación Social, lo que significó un renacer y una luz en el camino.

Durante dos años ejercí funciones académicas y administrativas, un doble rol que me retó y al mismo tiempo me reconstruyó; fue un periodo en el que volví a sentirme útil, productivo y a sentirme parte protagónica de algo más grande.

A esa institución ingresé gracias a la invitación del Profesor Carlos Herrera (+), en ese entonces, Vicerrector Administrativo, y también por la apertura humana del fundador de la UAM, el Ing. Giovanni Nani (+), dos seres humanos excepcionales a quienes preservo en mis memorias con especial cariño y respeto.

Pero el destino no había terminado de escribirme caminos, una vez más decidí renunciar, esta vez, a la UAM para asumir una nueva oportunidad, ingresar a la Universidad de Carabobo, en la Unidad de Medios y Comunicaciones Electrónicas, hoy conocida como DIMETEL.

Fue allí donde resolví apostar de nuevo por mí al optar por un concurso de credenciales al cargo de Jefe de Producción de Audiovisuales, y ganarlo fue una de las confirmaciones más significativas de mi carrera, una victoria personal, un recordatorio de que aún tenía mucho que dar.

En ese cargo viví uno de mis mayores logros profesionales, al ser gestor y uno de los líderes de la activación del proyecto de la Televisora de la Universidad de Carabobo, UCTV, aspiración universitaria que inicialmente surgió en formato digital, una señal por la Red que permitió que la UC empezara a tener presencia audiovisual.

Más adelante lo conseguimos, una señal por fibra óptica que nos colocó en un nivel superior, ver ese proyecto nacer, crecer y consolidarse fue una experiencia que marcó profundamente mi vida profesional, no fue solo un logro laboral, fue también una reparación interna.

En esta dependencia Ucista, tuve el apoyo incondicional de los ingenieros Idelmaro Castañeda y Paulino Del Pino y por supuesto, del equipo de trabajo integrado por Lucas Mieses, Juan Serrano, Xiomara Alarcón y Karelys Dorta, los ingenieros Bill Torres y Ángel Gasparini, entre otros.

Los años en la Universidad de Carabobo fueron intensos al desempeñar mis funciones administrativas con la docencia, porque descubrí que enseñar es una forma de perpetuarse en el tiempo.

En ese lapso, impartí la asignatura “Oratoria: el arte de comunicar” en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas durante 3 años, pero además de eso, esta etapa me abrió otro camino, el gremial.

### **La lucha incansable por la palabra que no conoce cadenas**

El día que mis colegas me eligieron Secretario General del Colegio Nacional de Periodistas, Seccional Carabobo, en 2008, sentí que llevaba sobre los hombros una responsabilidad que iba más allá de cualquier cargo gremial en un tiempo extraño en el país, en el que las miradas se desviaban temerosas, en el que las voces se apagaban antes de pronunciarse, en el que cada periodista sabía que el precio de la verdad podía pagarse con algo más que el trabajo.

Ser dirigente gremial en aquel contexto no era un honor, era un riesgo, pero acepté porque sabía que callar, en ese momento, equivalía a desaparecer, nos tocaba ser más que reporteros, más que columnistas; nos tocaba ser guardianes de un derecho tan frágil como poderoso, el derecho a decir lo que otros querían ocultar.

Recuerdo con claridad el día de mi juramentación como Secretario General del Colegio Nacional de Periodistas, Seccional Carabobo, esa noche, me acompañó quien salió triunfador y se adjudicó la Presidencia del Colegio Nacional de Periodistas de Venezuela, (Período 2008 – 2010), el colega Williams Echeverría.

El auditorio del Colegio de Abogados del estado Carabobo estaba repleto, pero pesaba un silencio peculiar, como si todos intuyeran que aquella elección nos colocaba en la primera línea de una batalla inevitable.

Me vi rodeado de colegas que conocían, igual que yo, el precio de levantar la voz, sus rostros, algunos esperanzados, otros cautelosos, eran el reflejo de un país que se alejaba cada vez más de la pluralidad.

Desde el gobierno del presidente Hugo Chávez Frías, la palabra “periodista” empezaba a ser vista con sospecha, como si informar fuese un acto de desobediencia y una maquinaria hegemónica avanzara con paso firme, e intimidar era parte de su estrategia.

Logré ganar en esas elecciones del gremio tras una década sin proceso electoral para renovar autoridades en el CNP, los dos años de mi gestión fueron fuertes y exigentes, acompañado por un equipo que conformó una de las mejores Juntas Directivas de esa álgida etapa gremial cenepista y aún, en esta etapa de inestabilidad, fueron muchos los logros concretados.

Cuando volví a ser reelecto para el período 2010-2012, no lo interpreté como un triunfo personal, sino como la evidencia de que mis colegas confiaban en que resistiría lo que venía, porque resistir fue el verbo que marcó aquellos años.

Dar el pecho con campañas de desprestigio, afrontar amenazas de muerte formalmente denunciadas ante el Ministerio Público, resistir presiones provenientes de figuras políticas que no toleraban la crítica, muchas fueron las veces la lucha era pública, frontal y otras, más sutiles, disfrazadas de invitaciones, de advertencias amistosas, de silencios prolongados, pero siempre eran luchas, sin embargo, ninguna de esas cruzadas gremiales se comparó con la que libramos por la defensa del recordado periodista, Francisco “Pancho” Pérez.

“Pancho”, así lo nombrábamos, con la familiaridad que solo se reserva para quienes han dejado huella, no necesitaba apellido para ser reconocido, su pluma había sido, durante décadas, un bisturí que abría la piel de las verdades ocultas, de las pequeñas y grandes miserias del poder.

Su columna “En Secreto” era más que una sección en el Periódico “El Carabobeño”, era un territorio donde la irreverencia se encontraba con la precisión quirúrgica del periodismo, cada entrega suya era un terremoto anunciado, cada línea un riesgo calculado y, aun así, no temblaba, de hecho, jamás tembló mientras estuvo activo.

Una mañana de 2010 recibí la noticia de que encendería la chispa de la confrontación más dura de mi vida gremial, el alcalde de la ciudad de Valencia, el Ing. Edgardo Parra, ya fallecido, había iniciado una acción judicial para encarcelar a Pancho Pérez.

En el gremio periodístico y toda la sociedad carabobeña fue interpretada la acción como un acto de intimidación descarada, una demostración de fuerza para mediatizar y atemorizar, una advertencia clara, política y certera... “Nadie está por encima de nosotros los gobernantes y políticos en el país”.

Lo recuerdo como si estuviera sucediendo ahora... estaba en mi oficina cuando entró un colega, alterado, con un periódico temblando entre las manos.

“Van contra Pancho”, me dijo sin respirar.

Con solo escuchar su nombre, se me heló la sangre... ¿Qué pasó? ... exclamé.

“Quieren meterlo preso... el Alcalde Edgardo Parra lo acusa de difamación alegando que cruzó la línea y que lo enviará a la cárcel.” ... sentenció el colega.

Yo sabía perfectamente lo que significaba aquello; no era difamación, era represalia; no era justicia, era venganza y, sobre todo, no era un caso personal, era un mensaje intimidante y desafiante al gremio periodístico en general.

Minutos después llamé a Pancho; su voz, serena como siempre, contrastaba con la tormenta que se le avecinaba... “Tranquilo, presidente” ... me dijo con voz serena... “No sería la primera vez que molestan mis letras y mi pluma...”

Pero yo escuché algo detrás de su calma, un cansancio que solo se nota cuando el peligro apunta demasiado cerca... “No podemos permitir esto, Pancho”, le respondí con enojo, “Esto no es contra ti, es contra todos los periodistas del Estado Carabobo.”

Ese día comenzó la batalla por la defensa de un colega, decano del periodismo venezolano, mis jornadas se transformaron en un torbellino de reuniones, declaraciones, cartas, llamadas a medios nacionales, estrategias legales, movilizaciones de colegas. Cada paso que dábamos despertaba nuevas presiones, algunos intentaron persuadirme de que bajara el tono.

“No te metas tanto”, “Déjalo a los abogados”, “Te estás exponiendo demasiado”... pero yo sabía, como líder y representante del gremio que si flaqueábamos allí, estaríamos entregando el gremio completo y sobre todo, debilitando el Sagrado Derecho a informar con plena Libertad de Expresión y a raíz de nuestra lucha recibí una citación ante el Ministerio Público donde se me advertía que mi postura gremial estaba “entorpeciendo procesos institucionales”, entendí claramente el mensaje, estaban tratando de intimidarme y en lugar de asustarme, aquello afianzó mi convicción.

El punto de quiebre llegó cuando logramos convocar una rueda de prensa multitudinaria. Periodistas de todo el estado, cámaras, micrófonos, flashes, el lugar seleccionado para alzar nuestra voz fue justamente frente a la sede del Diario El Carabobeño, espacio que se convirtió en un campo de resistencia desde donde denuncié, acompañado por directivos y una gran cantidad de colegas, sin rodeos, el intento de encarcelar a un periodista por ejercer su derecho a informar.

Sabía que mis palabras rebotarían en oídos interesados y hostiles, pero no dudé y expresé de manera enérgica: “Si encarcelan a Pancho Pérez, estarán encarcelando a todo el periodismo venezolano”. El silencio que siguió fue la afirmación de que aquella frase había tocado un nervio sensible. La presión nacional creció.

Organizaciones internacionales se sumaron a nuestra lucha, la intención del alcalde Edgardo Parra comenzó a erosionarse y finalmente, tras varias semanas de lucha en lo mediático y gremial, la amenaza se desvaneció; Pancho Pérez no fue encarcelado.

Cuando lo supe, sentí una mezcla de alivio y de victoria que pocas veces experimenté en mi carrera gremial, tal vez por eso recuerdo con tanta nitidez en vida.

Días después me tomó del brazo, me miró con esa mirada suya, incisiva, y me dijo: “Lo que hiciste por mí no se olvida. Gracias por no dejarme solo.” Su gratitud me acompañó siempre y fue uno de los honores más íntimos y auténticos que recibí en mi vida profesional y gremial.

La victoria fortaleció al gremio carabobeño, nos hizo sentir que aún era posible detener los atropellos, que nuestra voz todavía tenía peso en una Venezuela que intentaba amordazarla y ese impulso fue por el que, cuatro años después, me llevó a considerar un paso mayor, aspirar a la presidencia del Colegio Nacional de Periodistas de Venezuela.

No fue una ambición personal, fue el clamor de colegas de todo el país que veían en mí la posibilidad de un liderazgo firme, incorruptible y cercano y fue así, que entusiasmado por el abrumador apoyo de mis colegas que me embarqué en una pre campaña esperanzadora, llena de viajes, de encuentros con periodistas en varias ciudades del país donde el ánimo gremial estaba quebrado y las amenazas eran pan de cada día.

Recorrí con mi fórmula nacional, integrada para la Vicepresidencia con el colega José Manuel Dopazo (+) y Luis Domingo Álvarez, a la Secretaría Nacional, por muchas seccionales cenepistas de Venezuela donde muchos colegas nos recibían con abrazos, otros con confidencias dolorosas.

“Nos están apagando”, nos decían y yo respondía que no, que aún quedaba fuerza, que aún había gremio para levantar, pero la triste realidad oculta es que, en los caminos largos, no todos caminan contigo, algunos se devuelven, otros pretenden adelantarse y otros, simplemente, apagan la luz para que tropieces.

Pronto descubrí que la lucha interna era, en ocasiones, más difícil que la externa, traiciones inesperadas, alianzas que se torcían, promesas que se diluían cuando más se necesitaban, incluso, hubo colegas que, bajo una fachada de compañerismo, trabajaban para otros intereses, por instrucciones y directrices políticas.

Hoy, cuando miro atrás, entiendo que aquella etapa definió la esencia de quien soy y confirmó mi creencia en la libertad, en la palabra, en el poder moral del periodista, pero, sobre todo, me enseñó que incluso en los tiempos más oscuros, siempre habrá quienes estén dispuestos a encender la luz.

Impulsado por ese espíritu gremial que creció en mí, participé entonces como aspirante a la presidencia nacional del CNP Venezuela, contienda que no tuvo el final que esperaba al no lograr ganar a mi oponente, el colega y reconocido profesional, Tineo Guía, quien por un estrecho margen obtuvo la mayoría de los votos y alcanzó la victoria.

Aunque en su momento me afligió, también entendí que la vida a veces necesita pausas, silencios y retiradas para redirigir energías.

En este libro, aunque expreso mi opinión para alertar sobre la necesidad de evitar la intromisión de partidos políticos en las contiendas electorales del CNP, también reconozco mi error al haberme dejado influir por algunos colegas que formaron parte de mi fórmula gremial nacional.

Permití que voceros de dos importantes partidos políticos venezolanos interfirieran en la propuesta gremial, lo cual fue un grave error de mi parte. Estoy convencido de que esa intromisión fue uno de los factores que contribuyeron a mi derrota, ya que durante mi gestión al frente del CNP Carabobo, mi objetivo fue siempre dirigir el gremio sin ningún sesgo político. Lección aprendida.

Tras ese episodio, decidí apartarme un tiempo del gremio, muchas decepciones y desalientos de colegas que me dieron la espalda por acatar directrices político partidista, una triste práctica político partidista que debe desaparecer de la dinámica que rige los procesos eleccionarios y devolver al gremio su esencia estrictamente institucional, donde no prevalezcan los intereses direccionados desde las fracciones de profesionales enquistadas en el seno de muchos partidos políticos que lastimosamente inciden en cada proceso electoral.

Por estas razones, sentí que era momento de explorar otros horizontes.

### **Más tormentas que irrumpieron en el frágil territorio de mi vida personal**

Aún no superaba el impacto de mi divorcio; el distanciamiento de mis hijos me seguía afectando, amoríos desenfadados: sin rumbo ni certezas de estabilidad sentimental, marcaron entonces mi vida. Inestabilidades profundas que hicieron eco a lo interno en mi trabajo en Dimetel y quizás, por esas inconsistencias emocionales, renuncié tras casi 14 años a la Universidad de Carabobo; definitivamente, esa fue otra mala decisión.

Fue entonces cuando, sin ser ya parte de la Televisora de la Universidad de Carabobo, me abrí paso en un sector completamente distinto, el alimenticio, y nació mi empresa Pataco, un emprendimiento dedicado a la producción y venta de patacones zulianos, definitivamente un salto al vacío, una aventura que combinaba nostalgia gastronómica con visión empresarial sin rumbo alguno.

El emprendimiento “Pataco” fue, y sigue siendo, un recordatorio de que siempre es posible reinventarse, incluso cuando las rutas parecen imposibles, pero igualmente nos recuerda que sin visión poco podemos avanzar y tener éxito.

Hoy, comprendo que aquella renuncia a la UC no marcó el fin de una etapa sino el comienzo de muchas otras, fue una ruptura dolorosa, sí, pero también fue la grieta por donde la vida decidió entrar con nuevas formas.

Las tristezas, los desaciertos, la pérdida temporal del rumbo, el divorcio, la separación de mis dos hijos, todo eso fue parte de una transición profunda, una metamorfosis forzada que me obligó a crecer desde las cenizas y aunque aún lamento errores, acepto que sin ellos no sería el hombre, el padre, el periodista y el docente que soy hoy en día.

Este capítulo de mi vida no es solo un testimonio de dolor, es también una muestra de resistencia, porque incluso cuando la oscuridad parecía total, siempre hubo una chispa, una mano amiga, un aula, un proyecto, un gremio o un emprendimiento que me devolvía sentido, así es el destino, impredecible, a veces cruel, pero siempre tejiendo rumbos que, al final, encajan en una historia mayor.

Y esta es la mía... “Caminante no hay caminos, se hace camino al andar” y por estar sin rumbo, decidí retornar a mis raíces en Maracaibo, estado Zulia.

## CAPÍTULO VII

### VOLVER A MI CIUDAD NATAL Y REEMPREDER LA BÚSQUEDA DE UN HORIZONTE DISTINTO

Tras un largo exilio de silencios y derrotas, cuando las frustraciones parecían asfixiarme, tomé la decisión inevitable, regresar, aunque fuera por un tiempo, a Maracaibo, la ciudad que me vio nacer, la ciudad que aún late en mis venas. Ese retorno no fue solo un viaje geográfico, fue un descenso a mis raíces, un reencuentro con mi propia esencia, como si al volver a ella, volviera también a mí mismo.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que pisé sus calles y avenidas, pero cuando el viento soplaba en la dirección correcta, sabía que era el momento de regresar, tal vez, no tanto por lo que la ciudad aún podía ofrecerme, sino por lo que yo mismo necesitaba encontrar, un respiro personal, profesional, un propósito familiar que se me escapaba entre las manos.

Maracaibo, mi ciudad natal, la tierra del sol implacable, de las risas en la plaza, de las aguas del Lago que tanto amé, pero al regresar, algo me impactó profundamente, la ciudad había cambiado, y yo también lo había hecho.

Todo lo que alguna vez fue familiar ya no lo era, muchos de mis amigos de la juventud se marcharon a otros destinos de vida, habían migrado hacia otros países buscando mejores oportunidades. Familiares cercanos habían fallecido, las calles que antes estaban llenas de vida, ahora se encontraban parcialmente vacías, como si la ciudad se hubiera quedado sin su alma, aquella Maracaibo que conocí, la que fue mi hogar, ya no era la misma.

En cada rincón de la ciudad, la ausencia de aquellos que compartieron mis mejores años me perseguía; cada vez que transitaba por un lugar que me era conocido, sentía la nostalgia invadiéndome por completo.

A las plazas y a las avenidas les faltaba algo, esa chispa, ese sentido de comunidad que antes parecía tan natural, lo que quedaba de mi familia también estaba distanciada, dispersa en distintos puntos del país, y aunque la conexión siempre estuvo ahí, no fue fácil recuperarla, fue como regresar a una metrópoli donde todo había cambiado y, sin embargo, no se había transformado del todo.

En lo profesional, el desafío fue aún mayor ya que el campo del periodismo, al cual había dedicado gran parte de mi vida, parecía haber dejado de ser el mismo, ese espacio en el que antes me movía con soltura estaba ahora dominado por nuevos actores, por voces más jóvenes, por estilos de trabajo distintos.

Las redacciones, los medios de comunicación, las formas de contar historias habían evolucionado de tal manera que mi experiencia parecía desfasada, no había lugar para un periodista de mi generación, con mis años de trayectoria, en el mercado que se había formado en mi ausencia.

En este nuevo mundo del periodismo en mi ciudad natal, la reinserción me resultó más difícil de lo que había anticipado, la incertidumbre comenzó a apoderarse de mí; las puertas que antes se abrían con facilidad para un periodista con experiencia ahora permanecían cerradas.

La inquietud de encontrar una fuente de ingresos, la necesidad de seguir adelante, me empujó a explorar nuevas opciones, fue entonces cuando pensé en la Academia a pesar de que nunca había imaginado que la docencia fuera parte de mi futuro, la opción de enseñar me pareció un refugio posible, una vez más.

Así fue como llegué a la Universidad Rafael Beloso Chacín (URBE), en Maracaibo, la oportunidad tocó casi por casualidad, pero la recibí con los brazos abiertos. No fue fácil, y al principio sentí un poco de inseguridad, pero mi experiencia profesional, mi trayectoria en los medios de comunicación regional y nacional, me permitió encajar con facilidad en el mundo académico zuliano.

Empecé como docente en la Escuela de Comunicación Social de la URBE, impartiendo clase en materias que conocía profundidad tales como Periodismo Televisivo y Producción de Televisión I, II y III, un paso que abrió una puerta completamente nueva.

A pesar de la distancia emocional que había comenzado a sentir con mi ciudad y mi gente, enseñar se convirtió de nuevo en un ancla, ver cómo los jóvenes absorbían mis conocimientos, cómo discutían las ideas que yo mismo había defendido durante años, me renovó, por fin, sentí que mi experiencia tenía un propósito en la tierra del sol amada.

Gracias al éxito que obtuve como docente fui promovido para ocupar el cargo de Coordinador de Trabajo Especial de Grado, en la misma universidad, en ese punto la responsabilidad aumentó, pero también lo hizo mi satisfacción personal.

Me sentía útil, valorado, y veía en mis alumnos una promesa de futuro, había encontrado un nuevo sentido a mi carrera, y aunque el periodismo ya no era mi prioridad, la docencia me ofreció una manera diferente de seguir aportando a la sociedad; sin embargo, la vida, siempre impredecible, me jugó otra carta inesperada.

Después de dos años en la URBE, un giro inadvertido me obligó a dejar la institución ya que las circunstancias, tanto personales como laborales, cambiaron abruptamente, la situación en el país no mejoraba, la economía seguía siendo incierta, y de repente, las puertas de la universidad se cerraron para mí y en ese momento, me vi de nuevo frente a un abismo, un vacío que no sabía cómo llenar.

La realidad que afrontaba de imprevisto me golpeó con una fuerza indescriptible, el sueño de vivir de mi profesión, el sueño de permanecer en el campo académico parecía desvanecerse como humo, me vi obligado a tomar una decisión drástica, una decisión que jamás imaginé tomar en mis años más jóvenes.

Dejé atrás la seguridad de un empleo formal y me lancé a las calles y fue en esa nueva coyuntura que el comercio ambulante fue mi refugio temporal, de alguna manera, lo que parecía una derrota, se convirtió en una lección de humildad, decidí comenzar a vender productos

alimenticios en la ciudad de Maicao, en el vecino país de Colombia y fue esa ciudad fronteriza, conocida por su actividad comercial, la que se convirtió en el escenario de una nueva etapa en mi vida.

Caminé por sus calles, recorrí cada rincón en busca de ingresos en divisas, tratando de sobrevivir. Maicao me ofreció poco en términos de estabilidad, pero me enseñó más sobre mí mismo de lo que jamás imaginé; sus calles fueron el escenario de una de las experiencias más duras y crudas de mi vida.

Después de que el destino me empujara a los márgenes de la supervivencia, me vi obligado a abandonar el ejercicio de mi carrera en el periodismo y en la docencia para convertirme en un vendedor bohemio, nuevo contexto que me llevó a recorrer esas correderas polvorientas, con las manos vacías pero el alma llena de esperanza.

Maicao, una ciudad en la frontera, conocida por su comercio constante, se convirtió entonces en mi lugar de lucha en sus calles vendiendo panes, golosinas y otros productos alimenticios en la plaza principal de la ciudad en un puesto improvisado, montado sobre asientos espontáneos, que se convirtió en mi lugar de trabajo a donde viajaba cada 15 días.

El calor del sol golpeaba fuerte, mientras la gente pasaba con prisa, con rostros cansados, pero siempre dispuesta a comprar algo que les ayudara a llenar el estómago o hacer la vida más llevadera por unos minutos, no era un lugar fácil, y la gente que transitaba sus calles lo sabía y en sus entrañas urbanas, las oportunidades eran escasas, y todo el mundo estaba buscando algo para sobrevivir.

Los comerciantes inestables, como yo, aunque de manera temporal, formábamos una red de seres humanos luchando por el mismo objetivo, ganar lo suficiente para cubrir las necesidades más básicas.

El dinero que lograba ganar no era mucho, pero en ese lugar, los pesos colombianos adquirirían un valor diferente, ya que la conversión a divisas americanas era la clave para lograr algo de estabilidad en un país donde la economía se desangraba.

Los que trabajábamos en Maicao, en ese entonces, sabíamos que no solo se trataba de vender, sino de obtener el suficiente sustento para regresar a Venezuela con algo en la mano, algo que pudiera cambiar la situación en la que estábamos sumidos por infortunios de la vida.

En esa ciudad, todos conviven a la espera de un milagro, de un dólar más, de una venta que les permitiera, al menos por un día, ver la vida de una forma menos pesada, mis días se alargaban desde la mañana hasta bien entrada la tarde y la noche en cada viaje que realizaba.

La plaza, un mercado repleto de buhoneros al aire libre donde la gente se agolpaba, era mi escenario y mi refugio quincenal pero también mi condena. Maicao era una ciudad donde la Ley de los más fuertes predominaba, la Ley de la calle, la de la supervivencia, se imponía con más fuerza que cualquier norma civilizada.

Las "trochas", caminos de tierra y barro que conectaban la ciudad con otras partes de la región, se convirtieron en un recorrido insospechado y, a la vez, en una pesadilla, cada presencia

en esa ciudad, cuando terminaba de vender, me enfrentaba a lo que muchos temían, el camino de retorno con circunstancias de peligros, a veces no era tan sencillo como tomar un autobús.

La frontera, marcada por la presencia de grupos informales que controlaban las rutas y los contrabandistas que pasaban mercancías sin control, era peligrosa.

Las travesías, que cruzaban zonas donde la Ley estaba ausente, se volvían traicioneras cuando caía la noche, la oscuridad se adueñaba de todo y con ella, llegaban los riesgos y los traficantes de mercancías, las mafias que operaban a su antojo me hacían sentir vulnerable en cada paso que daba, en ocasiones, el regreso a Venezuela era más que un simple trayecto, era una carrera contra el tiempo.

Las patrullas de seguridad, tanto en Colombia como en Venezuela, muchas veces se encontraban en el punto de control migratorio, lo que hacía que atravesar las trochas fuera un acto de alto riesgo y valentía.

Era común que, al caer la madrugada, se escucharan gritos lejanos, disputas por el contrabando de productos, o incluso enfrentamientos entre los propios traficantes y los pobladores goajiros que conviven en esas zonas limítrofes de alta peligrosidad.

Cada cruce de la frontera se volvía un riesgo calculado, y no había certeza de si llegaría a casa en una sola pieza, las noches en esas trochas eran largas, frías y llenas de incertidumbre, el peligro acechaba en cada rincón y a pesar de todo, esa experiencia me dio lecciones que nunca podré olvidar.

La crudeza de la vida en la ciudad de Maicao me empujó a tocar fondo, a enfrentarme a mí mismo de maneras que no había imaginado, cada noche de regreso, cada día de lucha en la plaza, me recordaba que la vida puede ser implacable, pero que, cuando uno está en la lucha, siempre hay una forma de salir adelante.

Pisé fondo, mucho más de lo que creí posible, pero esa misma realidad que arrastraba, en la que me sentía perdido, me enseñó a levantarme. Aprendí que la dignidad no depende de lo que uno tenga, sino de cómo uno se enfrenta a la vida y esa experiencia, por dura que fue, me fortaleció ya que me mostró que incluso en los momentos más bajos, uno puede encontrar el coraje para seguir adelante.

Maicao fue, sin duda, una época aleccionadora, pero, como en todo ciclo de vida, cuando más bajo caí, más alto pude elevarme.

Esa ciudad, en la que vendí pan y productos, en la que caminé sin rumbo por muchas de sus calles, en la que conviví con la desesperanza, me enseñó lo que significa realmente sobrevivir y, aunque jamás imaginé que ese sería el camino que tomaría, me dio la fuerza para seguir avanzando, para seguir buscando mi lugar en un mundo que parecía no tener espacio para mí, fue una época difícil, pero también fue un período de aprendizaje y de crecimiento personal donde Dios siempre estuvo a mi lado.

Maicao no me solucionó la vida, pero me ayudó a encontrar la manera de salir a flote, a pesar de todo y cuando ya no encontraba respuestas ni en el trabajo, ni en la religión, ni en las personas, cuando finalmente llegué a una conclusión que cambiaría mi vida.

Un día, mientras caminaba por las calles de Maicao, sentí una voz interior que me dijo con claridad: "Regresa a Valencia"... no fue una decisión racional, sino más bien una premonición... mi alma me pedía regresar a la ciudad de donde nunca debí salir y fue así como con lo poco que había reunido, tomé la disposición de retornar con la fe puesta en ese sentimiento de reintegro a un *status* de vida más apropiado y seguro para mí.

A veces, regresar es el acto de volver a uno mismo, de redescubrir lo que somos y lo que podemos llegar a ser y, tal vez, eso fue lo que realmente me enseñó esta parte de mi historia.



## CAPÍTULO VIII

### DE LAS CENIZAS DE LA ADVERSIDAD, EL VUELO HACIA OTRO NUEVO RENACER

El regreso a la ciudad de Valencia, en el estado Carabobo, marcó el comienzo de una etapa llena de incertidumbres, pero también de posibilidades.

Después de tocar fondo, de vivir experiencias desgarradoras en mi ciudad natal, Maracaibo, en el estado Zulia y mi experiencia como vendedor ambulante en Maicao, Colombia, de las que aprendí mucho y salí fortalecido, había llegado el momento de intentar reconstruir una vez más mi vida.

Retornar a la ciudad donde me había forjado personal, familiar y profesionalmente durante más de tres décadas, no fue un simple acto de volver a un lugar familiar, fue la necesidad de encontrar un sentido, de dar un paso hacia adelante y, sobre todo, de recomponer los pedazos de una vida que, aunque frágil, aún conservaba algo de esperanza.

A mi regreso, la situación en Valencia no era fácil, la crisis económica seguía golpeando duramente a la población con restricciones gubernamentales severas que propiciaban escasez de productos básicos e inflación galopante, haciendo aún más difícil encontrar estabilidad financiera que requería para reiniciar mi nuevo rumbo.

En lo personal, mi salud seguía deteriorándose debido a la enfermedad gástrica que me había acompañado durante tanto tiempo, cada día era un desafío, pero mi espíritu de lucha nunca se apagó, sabía que, para superar esa etapa, debía hacer lo que siempre había hecho, seguir adelante, a pesar de todo.

Mi llegada a la Universidad de Carabobo (UC), por segunda ocasión, fue una bendición inesperada, pero al mismo tiempo un desafío para mi ser. Fue el Dr. Benito Hamidian, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (Faces), quien me extendió una invitación solidaria para unirme a su equipo en la institución que dirige, me ubicó mientras yo vendía queso como emprendimiento y reingeniería de vida.

El Dr. Hamidian había sido un referente para mí, un líder en su campo académico, con una visión disruptiva que me inspiraba. Su propuesta fue ofrecerme el puesto de Promotor Cultural, pero con funciones en el área de comunicación institucional, un campo al que estaba acostumbrado y que acepté con la esperanza de contribuir al desarrollo de Faces en momentos tan complicados para el país.

Este regreso al ámbito institucional y académico me dio un nuevo respiro, aunque no fue fácil adaptarme ya que, a pesar de contar con años de experiencia en el mundo de la comunicación, mi segunda inclusión como personal de la UC no fue un regreso triunfal.

La universidad, al igual que el país, atravesaba tiempos difíciles, el sistema educativo superior luchaba por mantenerse a flote, con sueldos bajos y recursos limitados, no obstante, y, aunque mi salud seguía siendo un tema delicado, las presiones de la vida profesional y personal seguían exigiéndome más de lo que podía dar, mi enfermedad gástrica no daba tregua, y las

condiciones físicas y mentales para poder rendir como me exigía el trabajo comenzaron a hacer mella en mí.

Durante esos meses, vi cómo la visión del Dr. Benito Hamidian, siempre innovadora, chocaba con la realidad de un sistema universitario sumido en una crisis profunda y a pesar de sus esfuerzos por impulsar cambios, por construir escenarios nuevos en esta prestigiosa facultad de la Universidad de Carabobo, poco pude hacer para corresponder a esa visión disruptiva, en ese momento.

Las limitaciones del contexto, los problemas financieros y la falta de recursos me dejaron muchas veces con la sensación de estar nadando contra corriente; sin embargo, mi tarea era estar allí, contribuir en la medida de lo posible, y seguir adelante. La situación económica del país seguía empeorando y los bajos sueldos no ayudaban a mejorar mi salud física.

La escasez de alimentos, la falta de medicamentos y la imposibilidad de acceder a tratamientos médicos adecuados agravaron aún más mi situación; sentía que mi cuerpo se desmoronaba mientras el entorno seguía derrumbándose también.

Al mismo tiempo, buscando alternativas para mejorar mi vida laboral y sobrellevar las dificultades que vivía en la UC, logré contactar a mi hermano menor de la vida, así lo identifico a título personal, el profesor Luis Alonso Hernández, un gran amigo y colega de la universidad, quien en ese momento dirigía la Escuela de Comunicación Social en la Universidad "Arturo Michelena" (UAM).

Luis Alonso, siempre generoso y dispuesto a ayudar, me ofreció la oportunidad de impartir clases en modalidad virtual debido a la pandemia del Covid-19, que en ese entonces comenzaba a arrasar con las aulas de todo el mundo. Mi salud seguía siendo un obstáculo, pero, al menos, la modalidad virtual me permitió seguir impartiendo clases sin la presión de la presencialidad.

El trabajo como docente en la UAM y mi rol laboral en Faces UC, me permitió mantenerme activo por casi 3 años y aunque mi salud se deterioraba, el hecho de estar en contacto con los estudiantes y transmitirles algo de lo que había aprendido a lo largo de mi carrera, me daba fuerzas para continuar, pero esa fuerza fue puesta a prueba aún más cuando mi salud se vio afectada por una nueva complicación.

La aparición repentina de cataratas comenzó a mermar considerablemente mi visión y aunado a un padecimiento gástrico, me sentía cada vez con menos energía; prácticamente no podía impartir clases con la misma calidad que antes, la fatiga física y mental me hizo ver que, tal vez, era el momento de dar un paso atrás incluso en mis funciones administrativas.

Fue entonces cuando mis hijos, Angel Andrés y Andrés Eduardo, quienes siempre han estado pendientes de mí, propusieron una salida a mi situación y fue así como me plantearon dejar los trabajos en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Carabobo y la Universidad Arturo Michelena para irme a vivir con ellos a la Ciudad de México.

La idea era que pudiera recuperarme, tanto física como emocionalmente, con su apoyo y amor cercano, una vez más, padre e hijos fusionados con ternura, además, en México tendría la

posibilidad de operarme ambos ojos para solucionar el problema de las cataratas que tanto me limitaban.

El plan parecía prometedor, y, por fin, vislumbraba la oportunidad de encontrar un nuevo rumbo para mi vida, lejos de las dificultades y penurias que había vivido en Venezuela, decidí hacer caso a sus consejos y, con mucho entusiasmo, me fui a Ciudad de México, con la esperanza de recuperar mi salud y mi vida.

Al principio, todo parecía ir bien, estar cerca de mis hijos, rodeado de su amor, fue lo máximo, me dio fuerzas para comenzar de nuevo. En esos momentos pensaba que el futuro se abría ante mí con la posibilidad de retomar mis funciones como docente en una de las universidades aztecas, ponerme al día con mi salud y, tal vez, encontrar un nuevo camino en ese país.

Sin embargo, el destino, de nuevo, tenía otros planes; lo que debía haber sido un renacer se convirtió en una pesadilla cuando, en una de las ciudades más peligrosas de México, Querétaro, mi hijo mayor fue secuestrado por una célula de narcotraficantes que operaba en esa zona del país azteca. La noticia fue un golpe devastador, todo lo que habíamos construido hasta ese momento, toda la esperanza que había depositado en mi nueva vida en México, se desplomó en un abrir y cerrar de ojos.

El secuestro de mi hijo mayor, Angel Andrés, me sumió en un estado de desesperación y miedo, los días que pasaron mientras estuvo en cautiverio de sus captores, fueron de angustia y sufrimiento, no solo por lo que había vivido, sino también por el dolor de ver cómo nuestra seguridad y tranquilidad se desvanecían en un abrir y cerrar de ojos y lo más grave, con la vida de mi hijo en potencial peligro.

En esos instantes de apremio y preocupación, nos unimos como familia y con el liderazgo de mi hijo menor, Andrés Eduardo y la hermosa joven Natalia, de origen Eslovaco, en ese entonces, novia de mi hijo mayor y hoy en día, su esposa, afrontamos con aplomo el escenario de terror planteado.

Entre llamadas para negociar con los secuestradores y mi hijo menor, pasaron 48 horas. En paralelo, en plena mediación con los captores, se gestionó la cantidad de dinero exigida para la liberación de mi primogénito y fue en esa coyuntura que asimile con asombro que los que dicen “ser tus amigos” te dan la espalda cuando más los necesitas, una triste pero cierta realidad que solo conocemos, quienes las experimentamos en carne propia.

La situación con mi hijo obligó a que tomáramos decisiones rápidas, difíciles, y tras la milagrosa liberación de sus captores, lo que comenzó como una esperanza de reinicio de nuestras vidas, de recuperación y de nuevos comienzos, terminó siendo otro episodio de adversidad que fue superado por el profundo amor familiar que nos une hasta la eternidad.

Por la gravedad de lo ocurrido, mis dos hijos, incluso mi hija Natalia, ya que hoy en día forma parte de la familia, tuvieron que partir por rumbos separados y superar este episodio fortuito de desunión forzada por circunstancias apremiantes.

Fue así como mi hijo mayor y su actual compañera de vida, y mi hijo menor migraron forzosamente desde Ciudad de México a un nuevo destino en Europa, todos ellos, a Dios gracias, superaron esta prueba del destino y avanzan felices en sus nuevos hogares...en cuanto a mí, tuve que afrontar 6 meses en soledad en tierras mexicanas, aferrado a un nuevo propósito de vida.

Las circunstancias generadas tras el incidente con mi hijo mayor, me obligaron a asumir el trabajo delegado por mi hijo menor, estando al frente de su empresa de elaboración y venta de tequeños y pastelitos llamada Portaña Food's, con la cual, pude mantenerme a flote hasta adoptar una nueva decisión, regresar a Venezuela.

Sabía que debía volver, aunque lo hacía con el corazón roto, con las cicatrices de una experiencia traumática y con la incertidumbre de qué sería mi futuro al pisar mi tierra amada.

Fue así como retornar a mi país fue otro nuevo comienzo, sin trabajo estable a mi arribo, sin las certezas que antes tenía, pero con una nueva visión, el regreso no era solo a un país o una ciudad, era el reintegro a la resiliencia, a la lucha interna por seguir adelante.

En esa vuelta de página, surgió la idea de un emprendimiento que mentalicé, aun estando en tierras mexicanas, con el cual comenzaría a forjar mi futuro.

Se trataba de incursionar en el mercado venezolano con una empresa, la cual registré con el nombre "Tequeños Tasty", una pequeña compañía que, aunque muy básica, representaba mi esperanza, la semilla de lo que podría ser una nueva forma de vida en tiempos de resiliencia.

A mi arribo, los días en Venezuela fueron muy duros, pero ya no estaba solo en mi lucha ya que con el apoyo de mis hijos, desde sus nuevos destinos, y la aparición en mi vida de una gran mujer, mi pareja, mi todo, en el nuevo recorrido de mi existencia, Dolly Díaz Cantillo, aunado al aprendizaje asimilado tras tantas caídas y la certeza de que, en cada resurgir, hay una lección que aprender, comencé a transitar nuevamente hacia un futuro incierto pero lleno de posibilidades y muchas expectativas. Había pasado por momentos de euforia y decepción en los últimos meses desde mi retorno forzado a la ciudad de Valencia, en Venezuela.

Con la empresa Tequeños Tasty, proyectada con enfoque innovador, había despertado curiosidad, generado sonrisas y conquistado paladares; pero también nos había enfrentado al cierre abrupto de nuestra presencia en la empresa K 24, principal punto de venta en esa etapa inicial. La sensación de fracaso, de metas truncadas, una vez más, se mezclaba con el avance de una catarata que afectaba progresivamente mi visión y amenazaba con limitar, aún más, mi independencia laboral.

Cada inversión financiera, cada esfuerzo, cada trayecto emprendido desde la urbanización La Granja al centro comercial Freed Market, sede del local donde vendíamos nuestros tequeños, en una primera etapa de exploración de mercado, parecía ahora tan lejano y, al mismo tiempo, tan cercano a un nuevo escenario de preocupación.

Gracias a Dios, junto a mí, estuvo siempre Dolly, mi socia y amiga, mi amor en el nuevo camino, mi sostén constante, pero incluso su fortaleza y energía no podían borrar la incertidumbre que me pesaba en el alma en esa coyuntura inicial.

El tiempo fue transcurriendo desde mi llegada al país y, en una ocasión muy especial, por insistencia de Dolly, acudimos ambos a la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales a fin de gestionar el aval académico para un curso de oratoria que estaba organizando con el propósito de generar ingresos que propiciarán una intervención quirúrgica para erradicar la catarata que ya estaba muy avanzada y había disminuido mi visión en un 45%.

Sentí temor de afrontar de nuevo al decano Benito Hamidian y ser rechazado tras mi abrupta renuncia a esta facultad para irme a México a vivir con mis dos hijos, no fue así y para mi sorpresa me recibió con un fuerte abrazo y expresiones de alegría que me llenaron de fuerza y renovada esperanza.

Me expresó su solidaridad y me dijo... “Angel gracias a Dios nos volvemos a reencontrar y en buen momento llegas ya que pronto serán las elecciones para renovar autoridades en la Universidad de Carabobo y me gustaría que me apoyaras en este escenario electoral universitario”.

Inmediatamente le respondí que contara conmigo e intercambiamos números telefónicos con la ilusión de recibir una llamada de su parte para apoyarlo en su inmediato propósito. Salí fortalecido del ameno reencuentro y desde ese día me dispuse a esperar la tan anhelada convocatoria.

Los días transcurrían lentamente, mientras el negocio de los tequeños se apagaba por la crisis del país. La parálisis económica me sumió en un estado depresivo que oculté con esmero, sin permitir que quienes me rodeaban descubrieran la tormenta interior que me consumía; sin embargo, cuando todo parecía perdido, una luz inesperada se abrió en mi camino, devolviéndome la Fe y la esperanza en un nuevo porvenir.

Fue entonces, en medio de la incertidumbre y la inseguridad, durante una mañana en la que mi espíritu no hallaba sosiego tras una noche interminable de preguntas sin respuestas, que ocurrió el instante divino.

### **El intervalo omnipotente frente al espejo**

Mientras me aseaba para iniciar un nuevo día, me descubrí a mí mismo. En aquel reflejo no solo vi mi rostro cansado, sino también la chispa de un renacer, la revelación de que aún era posible reconstruirme.

Me observé fijamente en él, buscando en mis propios ojos algo que me devolviera seguridad, algo que me recordara que no estaba acabado, que aún podía alcanzar lo que siempre había soñado.

Las lágrimas deslizaron por mis mejillas mientras, con voz temblorosa, imploré en mi mente: “Señor... colócame en el lugar para el que siempre me preparaste... permíteme liderar estrategias de imagen, comunicación y marketing en una empresa o institución de prestigio... ayúdame a transformar mi esfuerzo en un camino de éxito y propósito una vez más.”

El silencio del baño me envolvió, y por un instante, me sentí completamente vulnerable, en medio de una conexión hermosa, no había nadie que me sostuviera, solo yo y mi fe, en un diálogo íntimo con lo Divino reflejado en un hermoso rostro que jamás olvidaré.

Fue entonces cuando ocurrió algo inesperado, en mi mente, como un destello de luz cálida, apareció el semblante de Dios, no era una imagen imponente ni intimidante, sino hermosa, serena, llena de amor y comprensión.

Fue un momento mágico, un soplo que parecía suspendido en el tiempo, donde comprendí que la presencia divina no está limitada por lo que vemos o tocamos, sino que se manifiesta en el corazón dispuesto y humilde.

Ese día hablé con Dios, sin mediaciones, sin formalidades, solo mi voz, mis lágrimas y mi esperanza y entonces, sentí que Él respondía con amor, no con palabras, sino con una certeza profunda que me llenó de calma y claridad, sentí en ese instante que el camino que buscaba se abriría, pero debía mantener la fe, la perseverancia y la entrega.

Fue un momento que jamás olvidaré, la conexión entre lo humano y lo divino, entre mis debilidades y mis sueños, entre el esfuerzo tangible y la providencia invisible, comprendí que la fe no es solo esperar, es actuar con confianza, sabiendo que la ayuda divina llega en el momento preciso.

### **La llamada que cambió todo**

No pasó mucho tiempo antes de que esa certeza se manifestara de manera concreta, a los pocos minutos de esta conexión con Dios, muy temprano, cuando aun estando en mi habitación, recibí una llamada telefónica que aún resuena en mi memoria:

“Hola Angel... te espero mañana en mi despacho, en el Decanato de Faces en el campus Bárbula, a las 9 am.”

Fue la llamada del Dr. Benito Hamidian, Decano de Faces UC, respondiendo a mi súplica de manera inmediata, casi milagrosa, lo que había comenzado como una conversación íntima con Dios frente al espejo, con lágrimas y esperanza, se convirtió en una puerta abierta hacia una nueva oportunidad profesional con la posibilidad de liderar, enseñar y generar impacto en el ámbito académico y de la comunicación institucional.

Al colgar, agradecí profundamente al Altísimo, aquella invocación no era solo un avance profesional, sino la confirmación de que la fe sincera y la entrega total producen resultados tangibles, que los milagros suceden cuando se combina la acción con la oración.

Ese episodio me enseñó varias lecciones que llevaré conmigo por siempre, la vulnerabilidad no es debilidad, es aceptar nuestras emociones y que las limitaciones nos conectan con fuerzas más grandes que nosotros, que lo que parece perdido con el corazón abierto puede recibir recompensas y oportunidades inesperadas.

Constaté, además, que los milagros ocurren cuando estamos dispuestos a actuar, que la oración y la súplica sin acción no producen resultados, que la acción se convierte en el vehículo de

lo divino y, sobre todo, que el éxito es integral, no se trata solo de logros profesionales, sino de la armonía entre fe, esfuerzo y propósito personal.

Desde aquel encuentro, cada decisión que tomé estuvo guiada por la certeza de que no estoy solo, de que la vida, aunque llena de desafíos, también tiene momentos donde todo se alinea, donde las puertas se abren y los caminos se iluminan.

Al día siguiente, al presentarme en el despacho decanal en Faces, sentí un renacer emocional y profesional, la conversación con el Dr. Benito Hamidian no fue solo formal, sino cálida y fraterna, como si reconociera la sinceridad de mi esfuerzo y la profundidad de mi fe.

Ese reencuentro abrió un capítulo de estabilidad y éxito en mi vida, un camino donde pude combinar mis habilidades, mi creatividad y mi pasión por la comunicación aprendidas durante mi estadía en tierras aztecas.

El contacto Divino con Dios frente al espejo y la llamada del Decano Benito Hamidian, se convirtieron en un símbolo de que la perseverancia, la innovación y la fe sincera nunca son en vano y desde entonces, cada proyecto, cada decisión y cada acción se realizan con la certeza de que la vida responde cuando se actúa con corazón y propósito anteponiendo a Dios por sobre todas las circunstancias de nuestra existencia.

### **Consolidación, compromiso y pasión, la tríada que enciende el fuego del destino**

Llegar a esta etapa de mi vida profesional es, ante todo, un acto de gratitud y reflexión.

Después de años de experiencias, aprendizajes y desafíos en diversos escenarios, desde medios impresos, televisivos, radiales, digitales y corporativos, experiencia enriquecedora en la Ciudad de México, he tenido la oportunidad de regresar una vez más a la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, pero esta vez, con una visión más madura, una convicción más profunda y una responsabilidad más amplia.

Mi reincorporación no es simplemente un retorno, es la posibilidad de consolidar un proyecto de vida que combina lo profesional, lo familiar y lo personal, en un contexto donde puedo aportar, enseñar y aprender simultáneamente.

La confianza que el Dr. Benito Hamidian, Decano, depositó en mí al asumir el rol de Jefe de Prensa y Difusión Digital, es un reconocimiento a esa trayectoria y a la experiencia acumulada, pero también un desafío que requiere innovación, estrategia y compromiso permanente.

En esta función, mi misión principal ha sido consolidar la estructura comunicacional de la Facultad, particularmente en las redes sociales, con enfoques disruptivos y de primer orden.

La comunicación digital dejó de ser un simple canal de información, se convirtió en un espacio de interacción, de visibilidad, de influencia y, sobre todo, de construcción de identidad institucional.

Cada publicación, cada contenido y cada interacción se diseñan con el propósito de proyectar la esencia de nuestra Facultad, destacando no solo la información académica, sino también la pasión, el talento y el compromiso de quienes la integran.

La fortaleza que hoy aplico en esta labor fue en gran parte adquirida durante mi estadía en la Ciudad de México, donde la exigencia del entorno profesional me obligó a perfeccionar habilidades, asumir retos complejos y ejecutar estrategias de comunicación con alto impacto.

Esa experiencia me enseñó que la gestión de la comunicación requiere creatividad sostenida, disciplina constante y sensibilidad para captar el pulso de la audiencia.

Hoy, en esta nueva etapa de gerencia y coordinación, esas lecciones se reflejan en cada proyecto, en cada iniciativa y en cada logro alcanzado, pero la comunicación no es mi único compromiso.

Simultáneamente, he asumido con la misma pasión y entre, la Coordinación Sectorial de Cultura, con la misión de propiciar el crecimiento de la actividad cultural en la Facultad, rol que me ha permitido conectar con la creatividad, el entusiasmo y el talento de estudiantes y docentes, facilitando espacios donde los talentos emergen y se consolidan, donde la expresión artística se convierte en orgullo institucional, y donde la cultura es entendida como una herramienta de formación integral.

Los logros son palpables, el resurgimiento del entusiasmo, la participación activa de los estudiantes, la organización de eventos culturales significativos y la visibilidad de los proyectos que realzan el prestigio de nuestra Facultad.

Cada aplauso, cada muestra de talento y cada sonrisa de quienes participan en estas actividades es un recordatorio de que estamos construyendo algo más que eventos: estamos cultivando identidad, pasión y pertenencia.

En lo personal, esta etapa representa también un momento de consolidación familiar y emocional con una estrecha relación con mis dos hijos, Angel Andrés y Andrés Eduardo Perozo Prieto, dos pilares de amor que desde siempre han sido soportes silenciosos que me animan a asumir responsabilidades con seguridad y equilibrio, la satisfacción de poder desarrollar mi labor profesional mientras mantengo un equilibrio en la vida familiar con ambos hijos es un privilegio que me fortalece y enaltece frente al mundo.

La confianza, el respeto y el apoyo de quienes me rodean refuerzan cada día mi compromiso de dar lo mejor de mí en todas las responsabilidades que he asumido.

El hecho de asumir responsabilidades de alta visibilidad y relevancia implica, naturalmente, reconocer que cada acción tiene consecuencias y que cada decisión impacta no solo a la estructura institucional, sino también en la percepción y motivación de quienes forman parte de nuestra comunidad académica.

Ser Jefe de Prensa y Difusión Digital y Coordinador de Cultura en Faces UC exige no solo liderazgo y gestión, sino también sensibilidad, empatía y capacidad de escucha.

La comprensión es, sin duda, un rasgo que define mi estilo de gestión, entender las necesidades de los estudiantes, valorar los esfuerzos de mis colegas, trabajadores y acompañar cada proceso con un enfoque humano y cercano.

En este ciclo, he aprendido que el éxito no se mide solo en logros tangibles, sino también en el resurgimiento del entusiasmo, en la participación activa de quienes confían en nosotros, en la inspiración que generamos y en la motivación que transmitimos.

Cada iniciativa comunicacional, cada proyecto cultural y cada acción de gestión se convierten en un reflejo del compromiso que he asumido que conlleva elevar la calidad institucional, fortalecer la identidad de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales y potenciar el talento humano que nos rodea.

Este lapso también ha sido el momento para dejar una huella musical de mi parte con la composición de la canción de Faces “Campus de Sueños y Esperanzas”, un manifiesto musical que dejo para el recuerdo entre pasillos y paisajes insertos en los campus Bárbula y La Morita. En términos personales, este nuevo ciclo ha reforzado mi crecimiento integral permitiéndome equilibrar el desempeño profesional con la vida familiar y personal.

No sé cuánto tiempo me queda para cerrar mi ciclo laboral, ni cuál será la próxima etapa, pero sí estoy absolutamente seguro de una cosa, Dios me ha dado una nueva oportunidad, y no voy a desaprovecharla, solo sé que mi compromiso es absoluto, mi entrega es total y mi pasión es incuestionable y que cada día en Faces UC, es una oportunidad para aprender, para enseñar, para consolidar estructuras y para dejar un legado que perdure más allá de mi presencia.

El ejercicio de la gerencia y la coordinación me ha enseñado que la fortaleza profesional no es suficiente y que requiere de sensibilidad, inteligencia emocional y capacidad para inspirar y acompañar a otros.

He aprendido a delegar con confianza, a liderar con respeto y a asumir responsabilidades con pasión y cada logro alcanzado refleja no solo la capacidad de gestión, sino también el compromiso de construir espacios de desarrollo y aprendizaje sostenibles para todos los miembros de la institución.

Hoy, reconozco que esta etapa representa una consolidación de lo aprendido en años de experiencia y que la estadía en la Ciudad de México, con sus exigencias, desafíos y aprendizajes, me permitió fortalecer habilidades de liderazgo, comunicación, estrategia y creatividad, que hoy aplico con éxito en mi rol actual y que esa experiencia no solo me preparó profesionalmente, sino que también fortaleció mi resiliencia, mi capacidad de adaptación y mi visión estratégica.

Mi compromiso es claro, aprovechar cada oportunidad con pasión, entusiasmo y dedicación, contribuyendo a fortalecer la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, consolidar la comunicación institucional y potenciar la actividad cultural por lo que estoy convencido de que cada esfuerzo, cada iniciativa y cada proyecto deben estar guiados por la excelencia, la creatividad y la pasión, porque solo así se generan resultados visibles, sostenibles y significativos.

En definitiva, esta etapa no solo representa un retorno profesional, sino una oportunidad de consolidación integral, profesional, personal y familiar, la posibilidad de dejar huella, de inspirar, de construir y de fortalecer la identidad de la Facultad, mientras sigo aprendiendo, creciendo y disfrutando de cada momento.

Al reflexionar sobre todo lo vivido, siento igualmente una profunda gratitud y fascinación por cómo las circunstancias de mi vida me han llevado a este momento de sanación cuando hace casi dos años, un diagnóstico de cataratas en ambos ojos me sumió en la incertidumbre y el miedo, mis días se oscurecían cada vez más, y la posibilidad de perder la visión era un golpe difícil de procesar, sin embargo, lo que parecía ser un reto insuperable se transformó en una lección de perseverancia, fe y amor. Fueron meses de gestiones interminables, de visitas a hospitales y consultas médicas, de sentir que cada puerta que tocaba se cerraba frente a mí, pero nunca estuve solo en este proceso.

Mi compañera incondicional, mi nuevo amor de vida, Dolly, ha estado siempre a mi lado en cada paso del camino, apoyándome, alentándome, dándome fuerzas cuando sentía que todo se desmoronaba y juntos, logramos superar con éxito los obstáculos que nos separaban de la cirugía, la situación parecía cada vez más difícil, pero nunca perdí la esperanza.

Tras varias gestiones, finalmente, llegué al Hospital Central de Valencia, donde la cirugía se convirtió en un paso hacia la luz, el día de la intervención fue un antes y un después en mi vida ya que no solo recuperé la vista, sino que también me encontré con una nueva perspectiva, el milagro de Dios actuando a través de las manos de los noveles oftalmólogos graduados en la Universidad de Carabobo, pero también a través de la paciencia, la lucha y la fe inquebrantable que Dolly y yo compartimos.

Gracias a esa cirugía exitosa, sigo adelante con renovada energía, trabajando con éxito en Faces UC, compartiendo mi experiencia con quienes necesitan saber que, a veces, los milagros son reales, y la esperanza nunca debe perderse.

Cierro esta introversión con la certeza de que el futuro depende de cómo aprovechemos el presente, de la pasión que pongamos en cada acción y de la gratitud que sintamos por las oportunidades recibidas.

Dios me ha dado esta nueva etapa y la asumo con responsabilidad, entusiasmo y compromiso total. Estoy plenamente convencido de que lo mejor aún está por venir y dispuesto a darlo todo como debe ser, con amor, con pasión y con la convicción de que cada día es una nueva oportunidad para crecer y dejar un legado.

## EPÍLOGO

La vida, como un río impetuoso que nos arrastra por sus aguas a lugares desconocidos, a veces tranquilos, otras veces turbulentos, pero siempre con la promesa de que si seguimos nadando encontraremos nuevas orillas y nuevos horizontes.

Mi vida ha sido una de esas travesías inolvidables, una serie de aventuras donde las palabras han sido mi timón y el periodismo la vela que me ha impulsado hacia lo desconocido y no hablo solo de una carrera, de un oficio que elegí, me refiero a una pasión, una fuerza interna que me ha acompañado desde que descubrí que las historias no solo existen en los libros o en las pantallas de televisión, sino en la realidad que se despliega frente a nuestros ojos, en cada rincón del mundo.

Cuando pienso en el periodismo, no solo pienso en las grandes historias que he tenido el privilegio de contar, sino en las pequeñas, esas que no se encuentran en los titulares, pero que son las que realmente nos marcan. Mi vida ha estado llena de incontables relatos impactantes y conmovedores.

Momentos fugaces pero intensos que, aunque no todos sepan, me han definido y cada etapa de mi existencia, cada ciclo que he atravesado, ha sido una lección que la profesión me ha regalado, a veces en forma de dolor, otras veces en forma de gratitud, pero siempre en forma de aprendizaje.

Desde mis primeros días en la redacción del medio impreso y mi incursión al medio televisivo, esos en los que el miedo al error y la incertidumbre me hacían dudar, hasta los momentos en que la confianza adquirida con el paso de los años me permitió ir más allá, al terreno de la verdad profunda, he sido testigo de lo que significa ser un "mensajero apasionado de la vida".

Un periodista no solo informa, es un puente entre las sombras y la luz, entre lo que se conoce y lo que está por descubrirse, cada historia que he escrito, cada palabra que ha salido de mí, ha sido un intento por capturar una verdad, por dar voz a los que, por miedo o por olvido, permanecen callados.

Mi vida como periodista ha sido un recorrido por diversos paisajes, un crisol de situaciones y personajes que se han cruzado en mi camino, desde el bullicio de las grandes ciudades hasta la quietud de los pueblos olvidados, desde la emoción de un descubrimiento importante hasta la frustración de ver cómo una verdad era distorsionada, cada etapa ha sido una nueva oportunidad de crecer, en cada una de ellas, el periodismo me ha mostrado que la esencia de nuestro trabajo no reside en lo que logramos, sino en lo que somos capaces de compartir con los demás, me gusta pensar que el periodismo, como todo en la vida, se construye de ciclos y cada período tiene su propia historia, su propio latido, así, mientras recorría mi camino, pude ver cómo la esencia del periodismo se iba transformando junto conmigo.

En mis primeros años, la emoción de hacer una primicia era lo que me movía, el reconocimiento de mis compañeros, el roce de las plumas y los micrófonos, me daba un sentido de pertenencia y aunque en esos momentos no era plenamente consciente de ello, esas primeras victorias fueron las que cimentaron mi amor por el oficio, no solo por la adrenalina de conseguir una buena historia, sino por lo que significaba el proceso, el esfuerzo de buscar, de escuchar, de observar.

Los años me han mostrado que el periodismo es también el arte de aprender a callar, de ser testigos y no protagonistas, de dar espacio a otros para que sus voces se eleven, he aprendido que las grandes historias no siempre son las más ruidosas, ni las más escandalosas, algunas veces, la verdadera historia está en lo que no se dice, en lo que se insinúa, en el silencio que se convierte en grito.

A medida que pasaban los años y el tiempo seguía su curso, también lo hacía mi propia evolución, pasé de ser el joven reportero que soñaba con conquistar el mundo con cada historia, al cronista que entendía que la verdadera riqueza del periodismo no estaba en lo que se lograba, sino en lo que se compartía.

Mi encuentro con la docencia fue, quizás, uno de los giros más trascendentales de mi carrera; enseñar periodismo no solo me permitió compartir lo aprendido, sino que también me ayudó a ver el oficio desde una nueva perspectiva, la de aquellos que recién comienzan, los que sienten esa chispa de emoción al ver que el periodismo los ha elegido, en mis aulas, aprendí tanto como ellos, porque el proceso de enseñar es, en sí mismo, un viaje hacia la auto comprensión.

Los años me dieron también la oportunidad de estar en lugares donde la realidad era tan dura que no podía evitar que el peso de lo que veía me envolviera, como cuando fui testigo de las injusticias sociales que muchas veces pasan desapercibidas en la rutina de quienes viven cómodos en sus burbujas o cuando, en medio de una crisis, las voces de los más vulnerables eran acalladas por el ruido de las noticias sensacionalistas.

En esos momentos, el periodismo se convirtió en un refugio, en un espacio sagrado donde podía hacer algo más que simplemente relatar y podía transformar la realidad, aunque fuera por un instante, hacer que se escuchara la voz de los olvidados.

Recuerdo bien cuando, en uno de esos momentos de desesperanza, un joven se me acercó después de una charla y me dijo: "Gracias, su historia cambió mi vida", no sé si mi historia realmente tuvo ese impacto en él, pero lo que sí sé es que esa frase me recordó por qué hago lo que hago.

El periodismo es un acto de esperanza, de creer que algo puede cambiar, de tener la certeza de que nuestras palabras tienen el poder de iluminar la oscuridad y eso, a lo largo de los años, ha sido mi motor.

Hoy, mientras me detengo a mirar mi vida, me doy cuenta de que el periodismo ha sido mucho más que un trabajo, ha sido una pasión que me ha transformado, que ha dado sentido a mis días y a mis noches.

Soy un hombre afortunado, porque cada historia que he contado me ha permitido entender un poco más sobre el ser humano, sobre la vida misma y sé que mi camino aún no ha terminado, como un "Forrest Gump" del periodismo. Mi viaje continúa ya que siempre habrá una historia que contar, un rincón por explorar, una voz que escuchar porque el periodismo, como la vida misma, es una aventura que nunca acaba-

Así, mientras sigo adelante, me siento pleno, he dado todo lo que tenía, y lo seguiré haciendo, porque la verdad, la ética, la pasión y sobre todo el amor por las historias humanas, son los pilares que me mantienen firme y al mirar hacia atrás, a todos esos momentos que definieron mi vida, siento que he cumplido mi propósito, darle vida a mi vida a través del periodismo.

Este no es el final, es solo otro capítulo en el viaje, como se refiere en una frase que siempre me ha acompañado, "Mientras haya alguien dispuesto a escuchar, el alma del periodista seguirá latiendo... para siempre".

Aquí permaneceré, con la pluma en alto, dispuesto a escribir cada nuevo capítulo, porque el porvenir guarda su mejor historia y lo mejor apenas comienza.



# EL PERIODISTA

## *LA HISTORIA DE MI VIDA*

Depósito Legal: CA2026000047

ISBN Electrónico: 978-980-233-903-7

Todos los capítulos incluidos en este libro fueron rigurosamente seleccionados y aprobados tras arbitraje doble ciego y juicio de pares. Los evaluadores internos y externos fueron especialistas en el área; pertenecen a universidades e instituciones venezolanas.

Este libro está protegido bajo la licencia Creative Commons **Atribución-No Comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)** que permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, así como hacer obras derivadas, siempre que se reconozca la autoría de la obra original de la manera especificada por el autor o licenciente, no se utilice con fines comerciales y las obras derivadas se distribuyan bajo la misma licencia que la obra original.



El periodista: La historia de mi vida., 2026. Depósito Legal: CA2026000047. ISBN Electrónico: 978-980-233-903-7.  
Publicación digitalizada pdf. Se utilizó el tipo de fuente Times New Roman en 10, 11, 12, 48, 33 respectivamente



EL PERIODISTA: LA HISTORIA DE MI VIDA no es un simple relato de memorias, sino el latido de una vocación que arde con la fuerza de una misión sagrada, porque desde sus primeros años el protagonista comprendió que su destino estaba entrelazado con la verdad y la necesidad de dar voz a quienes han sido silenciados por el tiempo, ya que esta no fue una elección de carrera tomada al azar, sino un llamado profundo del alma para convertir la palabra en un puente inquebrantable hacia la conciencia colectiva.

A través de estas páginas descubrimos que el éxito no se encuentra en un único momento de gloria, porque cada jornada de ejercicio periodístico fue una aventura memorable e inolvidable, donde cada cobertura y cada entrevista se transformaron en oportunidades sagradas para reafirmar una pasión incombustible por informar con ética, puesto que aquí el periodismo se revela no como un oficio de oficina, sino como una forma valiente de habitar el mundo con propósito y responsabilidad.

Los grandes hitos de esta historia no siempre están marcados por titulares estridentes, sino por la disciplina silenciosa y la convicción de que cada ser humano merece que su historia sea contada con dignidad, pues el periodista surge aquí como un aliado fundamental frente a la injusticia y un pilar de solidaridad en los momentos de mayor apremio, demostrando magistralmente cómo el servicio a la comunidad y la defensa de los derechos humanos trascienden la simple noticia para transformarse en un acto de amor al prójimo.

Este libro es también un canto a la superación personal que enseña cómo levantarse con más fuerza después de haber tocado fondo, mediante capítulos donde palpita la resiliencia como una actitud permanente para reconstruirse desde las crisis y transformar la incertidumbre en un impulso renovador, porque incluso cuando todo parece derrumbarse, el periodismo aparece como una tabla de salvación y un motor de esperanza que permite seguir adelante haciendo lo que más se ama.

Al cerrar esta obra, el lector comprenderá que el verdadero rigor exige empatía y que el carácter debe ir siempre acompañado de compasión, en una travesía de coraje que invita a las nuevas generaciones a asumir la comunicación con conciencia social, entendiendo que una palabra puede iluminar y sanar a toda una sociedad, siendo en definitiva una invitación a no renunciar nunca a la pasión de informar con el alma para dejar un impacto positivo y eterno en el mundo.

ISBN: 978-980-233-903-7



9 789802 339037